BRUGUERA

BOLSILIBROS



HEROES PRADERA

Keith Luger

UN NEGOCIO ALGO VIOLENTO

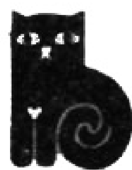
GANE 1 MILLON DE PESETAS

HEROES PRADERA Keith Luger UN NEGOCIO ALGO VIOLENTO

HP



HEROES DE LA PRADERA



ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR

EN LAS COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACIÓN:

Ases del Oeste

Héroes de la Pradera



Keith

Luger

UN NEGOCIO ALGO VIOLENTO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA n.° 746
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

1.ª edición en esta colección en Esparta: enero, 1985
1.ª edición en esta colección en América: julio, 1985

Camps y Fabrés, 5, 08006 Barcelona (España)

Impreso en España Printed in Spain
ISBN 84 02 02524 2 / Depósito legal: B 40.300 1984
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera. S A
Carretera Nacional 152, km 21,650. Parets del Vallés (Barcelona)
1985

CAPÍTULO PRIMERO

Max Wellman, de cuarenta y un años, elevada estatura y pupilas intensamente negras donde reflejaba la mayor simpatía del mundo, sonrió al público que abarrotaba el Club Ganadero y sacudió una mano al aire para interrumpir los aplausos con que era acogida su presencia.

—Damas y caballeros —guiñó un ojo—, les aseguro que tenía un discurso preparado para soltárselo a ustedes. Era un buen discurso que me costó cuatro días de preparación. Lo aprendí de memoria y mi querida Mabel se encargaba de hacérmelo recitar punto por punto. Mabel y yo hemos trabajado mucho con él.

El público lo interrumpió, riendo con ganas.

Max dedicaba ahora un guiño a Mabel, su esposa, que reía con una mano ante la boca, acompañada de las damas más prominentes de la ciudad.

—Pero cuando lo tuve bien clavado en los sesos comprendí que sería una felonía recitarlo delante de ustedes. Por eso obedecí a un maravilloso impulso, y cuando entré en este agradable club, arrojé el condenado discurso a la escupidera que hay en la entrada

Los vecinos de Sould Creek se retorcían en sus asientos presa de las carcajadas.

—Habría sido toda una faena largarles la recitación después que todos ustedes han tenido la audacia de acudir al club en la noche más calurosa del verano. Sin duda, los más acalorados se habrían vengado derribando la estatua que me han levantado en la plaza principal. Y es una buena estatua. Sí, damas y caballeros. El busto es

gallardo, el perfil noble, los rasgos del rostro son inteligentes.

—Max sacudió la cabeza apenado, y agregó—: Lástima que la estatua y yo no nos parecemos en nada.

El público lo estaba pasando en grande dentro de aquel homo llamado el Club Ganadero.

La personalidad y la simpatía de Max Wellman les hacía olvidar que estaban a más de treinta y cinco grados.

Todavía estaba sacudiendo la cabeza como anonadado. En aquella posición agregó:

—Pero más duro habrá sido para el escultor porque estoy seguro que no le habrán pagado.

Los más serios de la ciudad se habían sumado al coro de risas. Se daban de codazos a cada frase de Max Wellman. Un vejete daba patadas en el suelo. Alguien chillaba al fondo, ya al borde del histerismo. El mismo alcalde estaba rojo de hilaridad.

Max dejó que el ambiente se calmara un poco, y añadió en otro tono de voz:

—De todos modos, ustedes han sabido tocarme el punto flaco. Nada podía ponerme más loco de orgullo que esa estatua. Les doy mi palabra que estoy reventando de placer. —Se inclinó mirando a los de la primera fila y susurró en tono confidencial—: Yo creo que la merezco, pero no se lo digan a los de atrás o me tomarán por un jactancioso.

Levantó el rostro y exclamó, interrumpiendo el jolgorio:

—Sí, damas y caballeros. Estaba diciendo a mis más allegados, que mi enorme modestia se ha visto anonadada por el homenaje dispensado. Este humilde servidor de ustedes no merece tanta atención. Aunque yo sea el hombre más rico, más inteligente, más... —Se volvió hacia Mabel y gruñó, asintiendo—: Sí, Mabel acaba de apuntarme con toda propiedad. He leído en sus labios que decía «maravilloso». Sí, damas y caballeros. Siendo el más maravilloso, incluso, no merezco tanto honor. —Se interrumpió con una seca tos —. Bastará con que me paguen el dinero que muchos de ustedes me deben.

El anciano de las patadas se cayó de la silla. El alcalde tuvo que ser asistido con grandes palmadas en la espalda porque se estaba ahogando en sus risotadas.

Max desfrunció el entrecejo y suspiró hondamente:

—Por mi parte, les doy mi palabra que apoyaré una y otra vez a Could Creek con todas mis fuerzas. A ver si con un poco de suerte, la siguiente estatua que me dediquen puede ser de mejor calidad. Pongamos de oro macizo. He dicho.

La sala estalló en aullidos, aplausos y muestras de simpatía hacia el hombre más prominente de Sould Creek.

Max descendió del estrado repartiendo guiños y accionando las manos a un lado y a otro, de modo que cada cual se sentía saludado en particular.

Mientras acudía hacia Mabel, dio un pescozón al viejo Sam, una cariñosa palmada al herrero Joe y dos puntadas de dedo en el abultado abdomen del dueño del almacén general.

El alcalde anunció que la bebida estaba lista en el mostrador de refrescos y todos en masa corrieron hacia el lugar mencionado.

Max y Mabel se encontraron en un fuerte abrazo, y ella murmuró:

—Max, has estado maravilloso.

—Creo que me pasé de rosca, cariño.

—¿Qué importa? —rió Mabel, con lágrimas en los ojos—. Dijiste lo que sentías y eso es lo que cuenta.

El alcalde le soltó una palmada en la espalda.

—¡Max, eres enorme! ¡Enorme!

—Demuéstralo abrillantando diariamente mi estatua —replicó Max.

El alcalde se sobrepuso al alboroto general con sus risotadas de paquidermo.

El fotógrafo se abrió paso con su enorme cámara de saco y Max pasó sujeto al brazo de Aaron, el anciano limpiabotas, el otro brazo pasado por el hombro de Luke, el enterrador.

El magnesio fue disparado y luego el fotógrafo preparó otra carga:

—¡Una con su esposa, señor Wellman!

—Pero no le queme el vestido. Tuvo que alquilarlo para el acto.

Todos rieron. Mabel lanzó un grito porque Max la levantó en brazos, al tiempo del fogonazo de magnesio.

La cámara los había sorprendido fundidos en aquel estrecho abrazo.

A pesar de los segundos transcurridos, Mabel permaneció asida a Max, el rostro apoyado con fuerza en el tórax masculino.

Se sentía la mujer más feliz del mundo. Aunque no porque Max fuese un hombre público y poderoso en el condado.

Max era único como esposo. Vivía sólo para ella y sabía adivinar cualquiera de sus caprichos. Naturalmente, Max se daba mucha prisa en satisfacerlos.

Pero la verdadera razón de la felicidad de Mabel se debía a la fuerte atracción que sentía el uno por el otro, como si el tiempo no hubiese transcurrido desde aquel lejano día en que unieron sus vidas.

Mabel volvió en sí al escuchar la voz de Judy, que decía:

—Mamá, ¿me lo dejas un rato?

Mabel se sonrojó al verse dentro de un círculo de amigos y vecinos que reían intencionadamente.

—Es tu turno, Judy —dijo Mabel.

Judy acababa de cumplir los dieciocho años, era muy linda y tenía los ojos grandes, orlados de sedosas pestañas.

Abrazó a su padre, lo besó una y otra vez y respingó alarmada al ver que el grupo de sus amigas suspiraba en bloque porque todas estaban enamoradas de Max Wellman.

—Tendré que cuidarte cada día más, papá —dijo Judy, y lo apartó de las miradas ardientes de las muchachas, en dirección a los adultos que rodeaban la mesa de refrescos.

Judy suspiró orgullosa y una morena de diecinueve años le hizo eco con otro suspiro más ronco, y exclamó:

—Cielo santo… ¡Qué padre!

Judy le golpeó la espinilla.

Max se hallaba ahora recibiendo felicitaciones al paso.

De repente se vio detenido por un hombre alto.

—¿Puedo felicitarle también, Max?

Max alzó el rostro.

Quedó rígido y esfumó la sonrisa como por ensalmo.

—¡*Sheriff* Ford!

El hombre alto y llamado Ford era de recia constitución física, ojos como dos trozos de hielo y rostro anguloso de trazo correcto que denotaba inteligencia.

Vestía una camisa y unos pantalones descoloridos y cubiertos de una tenue capa de polvo.

El sombrero que sostenía en su mano izquierda aparecía con el ala deshilachada y tenía un par de agujeros de bala en la copa.

—No soy un fantasma, Max —dijo.

Max se aflojó el cuello de la camisa.

—Todavía no estoy seguro, *sheriff*.

—Llámeme Harry. No tengo autoridad aquí.

—Sí, Harry.

Harry Ford esperó a que Max recibiera las felicitaciones de unos cuantos vecinos que se aproximaron, y luego murmuró:

—Salgamos al porche, Max.

Max fue en pos de Harry Ford.

Durante su recorrido sonrió a un sujeto gordo y asintió sin saber qué decía.

También recibió un beso fugaz de Judy, que corría con el grupo de amigas.

Llegó al porche acometido de un ligero tambaleo.

Tuvo el pensamiento de que Harry Ford fuese una aparición.

Pero allí estaba su rostro, destacadas las angulosidades por la llama del fósforo con que encendía el cigarrillo en la en la oscuridad.

Harry Ford apagó el fósforo y sólo el punto luminoso del cigarrillo atestiguó que todavía se hallaba en aquel ángulo de sombra.

De pronto, sus palabras cayeron como gotas de plomo derretido.

—Max Wellman, en nombre de la ley, queda arrestado por el asalto del Banco de Junior City y la muerte de dos empleados, hechos ocurridos hace quince años.

CAPÍTULO II

Max dio la vuelta, poco a poco.

Sacudió la cabeza.

—Sospeché que ocurriría algún día.

—Yo estuve siempre seguro, Max.

—¿Sí, *sheriff*

El punto luminoso del cigarrillo en el porche parecía un ojo maligno.

—He trabajado sin descanso estos quince años con un solo propósito.

—Arrestarme.

—Sí, Max.

—Bueno, aquí me tiene, *sheriff*. ¿Qué va a hacer ahora? —Llevarlo a Junior City.

—¿Cree que va a ser fácil, *sheriff!*

—Usted me va a ayudar.

Max emitió una seca risita.

—De modo que espera mi colaboración, ¿eh?

—Pude sacar el revólver y arrestarlo dentro del club.

—¡Oh, sí! Y los empleados lo habrían sacado en volandas y lo habrían arrojado al abrevadero de la calle.

Harry Ford no dijo nada.

Max chascó la lengua

—Cuando observaran que insistía en arrestarme y que no se ha liaba ebrio, ellos lo habrían conducido al doctor para revisarle la cabeza.

—Siga, Max.

—Tal vez lo habrían enviado al nuevo manicomio que acabo de inaugurar en Ronckey Valley. Y posiblemente habría sido internado.

—No bromee, Max.

—De acuerdo, *sheriff,* de acuerdo. ¿Espera que alguien le crea si me acusa de asalto al Banco de Junior City?

—Tengo las pruebas necesarias.

Max se aproximó ahora sonriendo con una chispa de simpatía hacia aquel hombre que lo persiguió durante quince años.

—No olvide que además soy el patriarca, el cacique, el dueño de todo el condado. ¿Quién le creería?

—Ni siga por ese camino, Max Wellman.

—Usted lo acaba de decir: Max Wellman. Mi nombre. El individúo que asaltó el Banco de Junior City era conocido como Bob Brand. Era un nombre supuesto, naturalmente. Pero nadie será tan loco de identificarme con Bob Brand, *sheriff.* Y menos quince años más tarde.

—Usted se está engañando, Max.

Max alzó el rostro.

—¿Qué quiere decir, *sheriff!*

—En el fondo, está convencido de que voy a sacarlo de esta ciudad, llevarlo a Junior City y luego será colocado en la celda de aquella cárcel. También sabe que su hora ha llegado y que será ahorcado por aquello que hizo hace quince años.

Max se quedó sin habla.

El tono del *sheriff* Ford daba a sus palabras un aire profético porque más de una vez había pensado que ocurriría como él acababa de anunciar.

—¿Qué pasaría si sacara el revólver, *sheriff!*

Harry Ford tardó unos segundos en responder.

—Usted es un as del gatillo, Max.

—Tampoco es manco el *sheriff* de Junior City.

Harry asintió.

—Uno de los dos podría quedar muerto en este porche —arrojó el cigarrillo que dejó un reguero de chispas en el suelo—. Si soy yo, usted quedaría libre de momento.

—¿Ha dicho de momento, *sheriff!*

—Sí, Max. Antes de emprender el viaje para detenerle, escribí una

carta a cierto juez El juez tiene instrucciones de abrir el pliego cuando se entere de que yo he muerto. De modo que no podría escapar a la ley.

—Me tiene bien cazado, ¿eh, *sheriff!*

—Después de quince años, las cosas deben hacerse bien hechas.

—Conque si usted muere, el misterioso juez abrirá el sobre y hallará la acusación, las pruebas y demás cargos contra un hombre poderoso llamado Max Wellman.

—Usted, amigo.

Max sopesó la situación y se rascó el pómulo pensativamente.

—Suponga que lo mato, *sheriff.*

—Ya está supuesto.

—Luego, ordeno a un par de hombres de confianza que se lleven el cadáver de un vagabundo sin nombre.

— Le sigo el hilo del supuesto, Max.

—¿Cree que el juez abriría alguna vez el pliego?

—Tal vez no, Max.

Max se echó a reír.

—Pero primero habrá de matarme —agregó el *sheriff.*

La risa de Max se borró, dando paso a un gesto preocupado.

—La verdad es que no me ofrece muchas alternativas, *sheriff.*

Dejó caer la mano junto al costado donde pendía su revólver.

El *sheriff* de Junior City también rozaba la culata de su arma con las yemas de los dedos.

—¿No ha supuesto que usted pueda ser el muerto, Max?

—Ya lo dijo antes, *sheriff.* Soy un as del gatillo. Lo sigo siendo después de los quince años transcurridos.

—Max —resolló el *sheriff* de Junior City—, durante estos quince años he jurado muchas veces que lo hallaría y lo conduciría vivo a Junior City para que la ley le ajustara las cuentas.

Max lo observaba con los ojos entrecerrados.

—Demonios, *sheriff.* Usted es un tipo excepcional.

—Usted sí que es único, Max.

—Bueno, pongamos que los dos somos únicos. No vayamos a pelearnos.

Mabel salió al porche batiendo palmas porque había alcanzado a escuchar las últimas palabras.

—Bravo, ¿acabaron ya los requiebros?

—¡Mabel! —exclamó Max, desconcertado.

La esposa de Max sonreía al extraño forastero.

—Nunca nos han presentado, ¿verdad?

Max carraspeó todavía reaccionando.

—El señor Ford. Un nuevo agente de compra de reses. Lo acabo de nombrar para la plaza de Abilene.

El *sheriff* de Junior City apretó los labios, pero accedió a la farsa.

—Encantado; señora Wellman.

Mabel compuso un mohín de contrariedad, dibujado con exageración.

—Seguro que se va a llevar a Max.

El *sheriff* de Junior City cambió una rápida mirada con Max.

—¿Cómo lo sabe? —dijo el *sheriff*.

Mabel emitió una risa cantarina.

—Max me habló de! nuevo agente que quiere llevarlo hacia el Este para la compra de un importante lote de ganado. El ganado Lindsey.

—Sí, el ganado Lindsey —gruñó Max.

Mabel lo besó en el pómulo.

—Hoy no es día para hablar de negocios, Max. Invita al señor Ford a que cene con nosotros. Mañana decidirán acerca del viaje.

—Me temo, señora Wellman —intervino Ford—, que el viaje habrá de emprenderse de inmediato.

—¿Cree que voy a autorizarlo? —Mabel puso los brazos en jarras, fingiendo indignación.

Luego sonrió al hombre alto llamado Ford.

—Usted también tiene evidentes señales de cansancio en el rostro, señor Ford. Debe descansar en nuestra casa. Naturalmente, después de probar el pato a la naranja que tenemos preparado para esta noche.

—Señora Wellman... —empezó Ford.

—No me lo diga, señor Ford. Usted tiene cara de desvivirse por el pato a la naranja. Conque invitado está.

Harry Ford quiso abrir la boca, pero la señora Wellman recogió las faldas unas pulgadas sobre sus tobillos y corrió hacia el interior del club porque alguien reclamaba la presencia de la presidenta de Damas Benéficas, y era ella la que ostentaba el cargo.

Se volvió un instante y dirigió una sonrisa al hombre llamado

Ford.

Max golpeó con fuerza la barandilla del jardín.

—Está bien, *sheriff*. No crea que voy a intentar tocarle la cuerda sensible.

—No la hallarla, Max.

Max se enfrentó otra vez con aquellos dos ojos como trozos de hielo.

—Lo supongo, *sheriff* —hizo una mueca.

—Sin embargo, le concedo una tregua.

—¡Eh, vean al hombre de piedra con su corazoncito!

—No bromee, Max. Ya se lo dije una vez.

—De acuerdo, infiernos. ¿Qué es lo que quiere, *sheriff!*

—En primer lugar, quiero saber si vendrá de buen grado a Junior City o debo sacarlo de aquí por la fuerza.

Max resolló ruidosamente. Pegó con el pie en el suelo.

—Maldita sea, *sheriff*. No han pasado quince años en balde.

—Explíquese.

—Cuando estuve a punto de tirar del revólver, apareció Mabel.

—Y lo pensó mejor.

—Sí, condenado me vea. Me imaginé a mí mismo tendido en el suelo, una bala en el estómago, mirando a Mabel con los ojos desorbitados.

—Siga, Max. Usted es un buen comediante. Es agradable.

Max fue a soltar una imprecación, pero siguió en el mismo tono anterior.

—Y mientras yo agonizaba en el suelo, lo veía a usted explicando a Mabel quién era en realidad. Un *sheriff*. Y también quién era yo. Un forajido que usó el nombre de Bob Brand. ¿Lo ve ahora claro? ¿Se imagina el cuadro? Mabel contemplando horrorizada la escena y murmurando: «¿Este fue mi esposo, un salteador?»

El *sheriff* Ford batió palmas como premiando la actuación de Max Wellman, aunque su rostro era una máscara impenetrable, semejante a una pieza de granito.

Max lo observó y compuso una mueca.

—No se ría tanto, *sheriff*. Oiga, ¿nació una noche de tormenta, estando su padre de cuerpo presente?

El *sheriff* ladeó la cabeza.

—Se lo advertí, Max —dijo.

Y disparó un puñetazo.

Los nudillos estallaron en la quijada de Max Wellman.

Este retrocedió trazando eses y se desplomó en el centro del jardín.

Ford avanzó hacia él, lento y seguro como una locomotora.

—Póngase en pie, Max.

Max quedó sentado mientras comprobaba con la mano el juego del maxilar, que no parecía fracturado de puro milagro.

—También lo dije yo, *sheriff.* Usted es un reventón.

Se impulsó inopinadamente sobre el suelo y asestó un cabezazo en el estómago del *sheriff* de Junior City.

Harry quedó encogido, las manos sobre el vientre, resollando con la boca entreabierta.

Pero su derecha saltó de pronto y cazó de revés el rostro del patriarca de Sould Creek.

Max giró sobre los talones.

Y entonces sintió la zurda del *sheriff* dura como el granito, justo en el flanco derecho.

Replicó con la rodilla y estuvo en un tris de no alcanzar la entre pierna de Harry Ford.

A partir de entonces, los dos hombres se enzarzaron en un cuerpo a cuerpo que les hizo abandonar el jardín.

Llegaron a la plaza, sin dejar de intercambiar golpes en la oscuridad.

La derecha de Harry Ford cazó, una vez más de lleno, el maxilar de Max.

El esposo de Mabel se tambaleó.

Harry decidió acabarlo allí mismo y fue a descargar otro mazazo sobre el cuello de Max.

Pero entonces ocurrió algo inesperado para el *sheriff* Ford.

Max se fue hacia un lado y el golpe de Harry halló el vacío.

Perdió el equilibrio. Dio un traspié.

De pronto; su cráneo chocó contra un obstáculo duro como el pedernal.

Y se desplomó como un fardo.

Max se incorporó dificultosamente, la respiración agitada por el esfuerzo.

Se aproximó hacia el *sheriff* inconsciente. Dibujó una sonrisa

irónica.

Harry Ford había golpeado accidentalmente contra la base de piedra que sostenía la estatua de Max Wellman.

Era la estatua que se había inaugurado por la tarde.

Max empezó a sacudir los hombros porque la risa le nacía desde muy adentro.

Luego quedó súbitamente serio, los ojos vidriosos.

Extrajo el revólver poco a poco.

Dirigió el cañón hacia la cabeza del *sheriff* de Junior City. Apoyó la boca del arma justo en la sien del sabueso.

El dedo empezó a curvarse sobre el gatillo.

CAPÍTULO III

Harry abrió los ojos. Enfocó con dificultad la imagen borrosa del rostro de Max Wellman.

Entonces contempló un poco más abajo el agujero del «Colt» que lo estaba encañonando.

Apretó los maxilares y murmuró:

—¿A qué esperas, Max?

Max dejaba flotar en sus labios la irónica sonrisa.

—Sólo tengo que apretar el gatillo un poco más, Harry.

—Sí, muchacho. Una leve presión y ya estarás libre para otros quince años.

Max se echó a reír, y tras hacer girar el revólver sobre el dedo índice, enfundó por la abertura de la levita.

—Arriba, *sheriff*.

Harry se incorporó sin quitarle ojo.

—No va a servirte de nada, Max,

—¿El qué?

—Este simulacro de perdonarme la vida.

Max arrugó el gesto.

—Ya está el *sheriff* de los pensamientos retorcidos otra vez en funciones.

—Debiste hacer fuego, Max.

—Sí, ¿eh?

—Eso habría hecho otro individuo en tu lugar.

—No hay dos personas iguales, hijo.

Harry apretó los labios.

—¿O quizá esperas la oportunidad de hacerlo lejos de Sould Creek, Max?

El esposo de Mabel se volvió a medias.

—Te refieres a alejarnos lo suficiente de esta ciudad y aprovechar otra oportunidad para volarte la cabeza.

—Sí, Max

—Infiernos, no es mala idea.

—Confiesa que lo has pensado.

—Fue un pensamiento fugaz —Max sonrió—. Pero lo rechacé por demasiado burdo.

—No es tan burdo el plan, Max. Si me llegas a matar al pie de tu estatua, habrías entrado en contradicciones después de decirle a Mabel que yo soy el nuevo agente en Abilene. Surgirían las sospechas. No se podría explicar el balazo en mi cráneo.

—¿Y...?

—También podría haber ocurrido que alguien me identificara. El *sheriff* de esta ciudad. O cualquier vecino que una vez hubiese pasa do por Junior City.

—Lo que dije, *sheriff*. Eres un tipo de una imaginación muy exaltada.

—No tanto, Max. Pensaste que sería mejor confiarme, darme cuerda, simular que me acompañas a Junior City de buena gana. Y en la más pequeña oportunidad largarme un balazo, lejos de esta ciudad.

—Lo estás pintando tan lindo que voy a meditar sobre ello. Vaya que lo meditaré.

Harry dejó pasar unos instantes y, finalmente, asintió a sus propios pensamientos.

—De acuerdo, Max. Lo dejaremos para el camino.

—Ahora nos espera el pato a la naranja.

Harry asió el hombro de Max y le hizo dar la vuelta con violencia.

—Atiende bien, Max —dijo a pocas pulgadas de su rostro—. No te he sacado de aquí a rastras por una sola razón.

Max no dijo nada.

El *sheriff* de Junior City dejó escapar el aliento.

—Mabel... —agregó—. Ella es la causa de que no lo hiciera. Pero mañana se acabó la tregua. ¿Entendiste, Max? Mañana. Saldremos

hacia Junior City. Y será un viaje sin billete de vuelta.

Max continuó con los labios pegados

El *sheriff* soltó el hombro del patriarca de Sould Creek y recalcó sus palabras dándole secos golpes con el dedo en el tórax.

—Mañana, Max. No lo olvides.

Max guardó silencio.

Luego avanzó en dirección al club, lentamente como si midiera BIS pasos.

Se volvió un instante y alcanzó a ver al *sheriff* de Junior City todavía al pie de la estatua.

Harry Ford extrajo un cigarrillo hecho del bolsillo y se lo colocó en los labios.

Luego rascó un fósforo en el monumento a Max Wellman.

* * *

Harry y Max abandonaron Sould Creek antes del amanecer.

Max no había despegado los labios desde que Mabel lo besó en la puerta del porche y le recomendó que se cuidara mucho.

Ella quedó convencida de que el viaje sería muy breve y que no tardarían en regresar con el ganado Lindsey.

Max convino para sus adentros que el duro Harry Ford había sido benevolente.

En primer lugar, accedió a demorar la partida para aquel amanecer. Luego cenó en su misma mesa y durmió bajo su mismo techo. Incluso habla tenido ¡a gentileza con Mabel de bromear durante la cena y comportarse como un verdadero agente de compra de reses.

Ahora Max ladeó la cabeza y dijo, de pronto:

—Gracias, *sheriff*.

Harry puso su caballo a la par del de Max.

—¿Porque no te coloqué las esposas, Max?

—También por eso.

—Tampoco pienso colocarte la soga al cuello.

Max contempló su perfil sin decir nada.

Harry añadió:

—Lo hará un verdugo de circuito que recorre todo el condado

administrando justicia.

—Cuánta amabilidad, Harry.

—En Junior City nos desvivimos por hacer bien las cosas.

Max emitió un gruñido y cabalgó en silencio.

Al cabo de un buen rato, remontaron una colina ya envuelta en las primeras luces de la mañana.

—Espera un momento, *sheriff*.

—Hemos de aprovechar las horas para no viajar con el sol ardiente.

—Sólo será un instante, Harry. Quiero echar pie a tierra.

—¿Para qué?

Max había detenido el caballo.

—Desde aquí se contempla perfectamente Sould Creek a lo lejos.

—¿Y...?

—Puedo observar todavía mi casa. Quiero despedirme de todo aquello.

Harry reflejó la duda en el rostro.

—Escucha, Wellman. Un intento de escapar, sólo un ligero intento, y juro que tendrás un disgusto.

Max esbozó una sonrisa.

—Siempre serás un desconfiado, muchacho.

—De acuerdo. —Harry dio un par de cabezadas—. Que sea una despedida breve.

Max se descolgó del caballo y acudió hacia el corte de la colina.

Permaneció clavado allí durante un buen rato, mirando la mancha blancuzca en que se había convertido Sould Creek a causa de la distancia.

Harry frunció el entrecejo, fijos los ojos en la espalda de Max Wellman.

Le resultaba curioso cómo podía haber cambiado un tipo en quince años.

En la época del asalto Max era un fulano bien distinto Pero un botín de cincuenta y cinco mil dólares había tenido la virtud de transformarlo. El buen empleo del dinero aumentó la transformación de Max Wellman. Había pasado a ser un hombre prominente. Y ya en la cumbre, cuadruplicado el botín por una sabia administración, había dejado de ser el asaltante y estaba hecho todo un caballero. El dinero siempre resultaba milagroso, aunque fuera robado.

Harry interrumpió los pensamientos al sentir un aviso de peligro y giró en redondo.

Lo primero que vio fueron dos revólveres que le estaban apuntando.

Las armas eran empuñadas por dos fulanos de pésimo aspecto, barbas crecidas y harapos descoloridos que evidenciaban su vida al aire libre.

Harry dejó caer la mano al costado e inquirió:

—¿Qué significa esto?

—Buena pregunta, míster —dijo el más alto—. Esto significa una venganza.

Harry ladeó la cabeza.

—Explícalo tú, Max.

Max se aclaró la garganta.

—No los contraté yo, si es eso lo que quiere saber.

—¿Contratarnos el señor Wellman? —rió el tipo alto—. Calle, míster. El señor Wellman ha contratado a sus esclavos para que nos cuiden, ¿eh, Matty?

El más bajo llamado Matty asintió, el brillo homicida reflejado en sus pupilas.

—Dile al míster por qué, Luke.

El alto que respondía al nombre de Luke suspiró hondamente.

—El señor Wellman ha organizado una campaña para exterminar a la gente humilde que acampamos por estos andurriales, míster.

Harry permaneció en silencio, las yemas de los dedos rozando la culata del revólver.

Luke agregó, sacudiendo la cabeza:

—Sí, míster. Está empeñado en borrarnos del mapa. ¿Verdad que se pregunta por qué, míster?

—Pero usted responderá, Luke.

Luke guiñó un ojo.

—Sí, míster. La respuesta es muy simple. Wellman es un tacaño Ahí tiene la razón principal. Y aunque toda la comarca se halla podrida de reses, nadie puede tomarle una o dos. ¿Quiere un tipo más roñoso, míster?

—Conque ustedes son cuatreros.

—Cuatreros, cuatreros —remedó Luke la voz de su interlocutor—. Cuatreros es una palabra fea. Y anticuada. Sí, míster. Nosotros no

somos eso tan feo. Somos vigilantes de ganado

—Vaya, parece decente.

—¡Y lo es! —se enfureció Luke—, ¡Si no hubiese sido por nosotros, los indios que acampan por los desfiladeros de más al norte habrían acabado con las reses del señor Wellman! ¡Pero nosotros degollábamos al primer indio que veíamos tocando las reses del se flor Wellman? ¿No era justo que tomáramos alguna en compensación? ¿Vamos, míster? ¡Dígalo usted, que parece un tipo con entereza!

—Bien mirado...

Luke rió a golpes.

Luego se quedó serio, muy furioso.

—¿Se da cuenta? Usted reconoce que Wellman es un tacaño. Y eso le va a salvar la piel a usted, míster.

Nadie dijo nada.

Luke envió una mirada de odio a Max Wellman.

—Usted saldrá vivo, mientras Max Wellman va a dejar aquí tirados sus huesos.

Harry acarició la culata del «Colt».

—Un momento, caballeros.

—¡Es mi decisión! ¡La decisión de Luke Nagor! Y no intervenga a favor de Wellman o usted también pasará a formar parte del lote de cadáveres.

—¿Disparo ya, Luke? —inquirió Matty, encañonando a Max Wellman.

—La bala número uno debe ser la mía, porque mi pobre hermanastro cayó bajo los disparos de los hombres de Wellman. Esto es una venganza, Matty.

—Está bien, demonios. Pero debes dejarme algo del bastardo.

Luke emitió una risa chillona y salvaje.

—¡Le meteré un perdigón en el vientre! Y cuando esté pegando brincos de dolor, tú aprietas el gatillo y le das el calmante definitivo.

—Trato hecho.

Luke guiñó un ojo al acompañante de Max Wellman.

—¿Lo ve qué pronto se pone de acuerdo la gente de bien, míster?

—Congeniar es bueno, Luke.

—Usted lo dijo, infiernos. Y vaya si lo dijo bien. Congeniar. Eh, muchachos. ¿Sabe que usted me cayó bien desde el primer

momento?

—Todas las pelirrojas salen con esa canción.

Luke abrió la boca y los ojos y lanzó la mayor de sus risotadas.

—¿Lo oíste, Matty? ¡Tiene las mismas salidas que mi pobre hermanito! Vamos, agujerea la barriga de Max.

—Nadie va a matar a Wellman —dijo Harry Ford.

Luke arrugó la boca y soltó un escupitajo.

—Igual que mi difunto hermanito. De pronto soltaba una bobada y se quedaba tan fresco.

—Lárguense los dos, Luke.

Luke cerró los ojos con fuerza y masculló:

—¡También entró usted en el lote, míster! ¡A ellos, Matty!

Luke y Matty levantaron las manos.

—¡Cuidado! —chilló Matty, al ver que el míster adelantaba la mano, vacía una fracción de segundo antes.

Ahora le había crecido un «Colt» en la palma y tenía el dedo en el gatillo.

Los dos cuatreros abrieron fuego a la par, decididos a acabar con el míster para luego ocuparse de Wellman.

Pero nunca cumplieron sus propósitos.

Luke sufrió un alfilerazo de fuego en la mano armada.

La bala del míster se la atravesó.

Pero como él estaba detrás de la mano, ésta se le cosió al pecho impulsada por el proyectil.

Quiso apartarla del tórax para recuperar el «Colt» que se le había caído.

Sin embargo, la mano cosida al pecho estaba bien ensamblada y no pudo despegarla.

Al contemplar aquel horror, emitió un ronquido y se desplomó para no levantarse nunca más.

Matty gemía dando brincos, las manos sobre el vientre.

Lo que hacía era sujetarse las tripas por causa del tremendo dolor que le producían las dos balas del míster.

Dio la vuelta para huir, pero se derrumbó muerto unas yardas más allá del escenario de los hechos.

Harry enfundó el «Colt» después de cerciorarse de que los dos forajidos estaban bien muertos.

A continuación dio la vuelta hacia Max Wellman.

Este se hallaba inmóvil, una mueca amarga en sus correctas facciones.

—Habría sido mejor, *sheriff*.

—¿El qué?

—Morir ahora. Si ellos me mataban, me habría ahorrado muchas incomodidades.

Harry apretó los maxilares.

—Las incomodidades de un juicio, de una prisión, de una soga al cuello. También habría sido menos trágico para tu esposa, tu familia, tus convecinos. Creerían que el gran Max Wellman había muerto a manos de unos forajidos que le estaban hostigando desde hacía tiempo. Muy lindo, ¿eh? «Conviértase en mártir por sólo un dólar.»

Max se limitó a mirarle en silencio.

Harry masculló irritado:

—Por eso me orientaste hacia esta colina cuando salimos de Sould Creek diciendo que era un atajo muy bueno. Sabías que esta gentuza acampaba por estos lugares. Por si faltaba poco, te dejé asomarte un rato al borde de la colina para que te descubrieran inmediatamente.

Los dos hombres se mantuvieron callados durante un buen rato.

Finalmente, Harry saltó al caballo y dijo desde arriba:

—Max, he jurado llevarte intacto a Junior City y vive Dios que cumpliré mi juramento por encima de todo.

Max avanzó hacia su caballo y colocó el pie en el estribo.

—Todavía hay cientos de millas hasta llegar allá.

Luego subió a la silla y fue el primero en ponerse en marcha.

CAPÍTULO IV

Al mediodía el calor resultaba insoportable porque el sol lucía en cielo como un disco a rojo vivo.

—Nos detendremos en este pueblo abandonado, Max —dijo

Harry.

—Una pregunta, Harry. ¿Me esposarás durante los ratos de des canso o me atarás a la pata de la cama?

—No es hora de chistes, Max. Abajo.

Max sonrió, mientras echaba pie a tierra.

Harry le dedicó una dura mirada.

Desde que se encontraron por primera vez, Max se comportaba como si todo aquello fuera un juego. Un juego con un final trágico, pero un juego. Harry se preguntaba más de una vez si el forajido no llevaría algún as en la manga para ganarle la partida.

Max reía ahora en tono menor, lo cual hizo fruncir el entrecejo del *sheriff* de Junior City.

—Eh, *sheriff*, ¿cómo conseguiste descubrirme?

Harry condujo los caballos hacia el desencuadernado abrevadero de la plaza, donde se había recogido un poco de agua de lluvia.

—Ya te dije que trabajé mucho en el caso.

—Quince años, Harry.

—Si, Max. Y puedo jurarte que no perdí un solo día en proseguir la investigación. De pronto, ocurrió lo que estaba esperando desde hacía tanto tiempo.

—Apuesto a que obró la casualidad.

—Sí, Max. Y fue un beodo quien me la llevó a la misma oficina.

Palmeó el caballo más cercano y continuó:

—El borracho armó un escándalo en la cantina y mi ayudante lo detuvo. Cuando vaciamos sus bolsillos para consignarlo, me llamó la atención un trozo de periódico que sacó. El anuncio demandaba peones para la construcción de un canal. Pero no era el anuncio lo importante. Fue la noticia y la fotografía que estaban al otro lado del trozo de periódico. Se veía a un hombre llamado Max Wellman.

—La inauguración del tramo del ferrocarril hasta Sould Creek.

—Sí, Max. No debiste nunca dejarte fotografiar clavando la última traviesa de la vía. Y menos si sabías lo que decía el pie de la fotografía.

—«Lo que un hombre que llegó hace quince años ha conseguido para nuestro condado.»

—Sí, Max. Estas fueron las palabras. Quince años.

—Tuviste la corazonada que tienen todos los *sheriffs*. Fue eso.

Harry asintió.

—Luego, hallé a un par de testigos del asalto del Banco. También coincidieron con mi ayudante.

—Un momento, Harry. ¿Dónde estabas el día del asalto? ¿Persiguiendo cuatreros?

Harry le dedicó una severa mirada.

—Tuve que dirigir los trabajos de un incendio en el bosque de los alrededores. Cuando regresé a Junior City, comprendí que el incendio había sido el cebo del asaltante.

—Había que hacerlo solo —dijo Max—, Y era necesario aguzar el ingenio.

—Mi ayudante, Cliff Powell, era un inexperto aquellos días.

—Sí, Harry. No era demasiado avispado.

—Por eso pudiste desvalijar el Banco en mi ausencia.

Max emitió un fuerte suspiro.

—También yo me confié demasiado quince años más tarde, Harry. Jamás creí que me reconocerían en una fotografía con tres lustros sobre mis hombros.

—No pareces haber cambiado en nada —dijo Harry, apretando los labios.

—Te juro que sí, *sheriff*. Ya no soy el mismo. Palabra.

—Oh, el hombre se regeneró.

Los dos se miraron con fijeza.

Entonces se escuchó la galopada de un caballo que se acercaba.

Harry emitió un respingo entre dientes al reconocer al jinete.

—¡Cliff! —exclamó, todavía incrédulo de que aquel fuera su ayudante.

Cliff Powell saltó a tierra antes de que el caballo se detuviera.

Corrió hacia Max con las manos abiertas como zarpas.

—¡Voy a matarlo, jefe!

—Quieto, Cliff.

Cliff rechinó los dientes.

—¡Maldita sea, *sheriff* ¡Estuve esperando quince años un momento como éste! ¡No voy a desperdiciarlo!

Cliff descargó un puñetazo en el maxilar de Wellman, quien rodó por el polvo.

El ayudante fue a echársele encima, pero Harry lo apartó de un sacudón.

Cliff trató de clavar un codo en el estómago de su jefe y entonces éste lo golpeó en el pómulo.

Cliff se llevó la mano a la cara y exclamó rabioso:

—¿Por qué, *sheriff?* ¡Quiero despedazarlo! ¿Me oye? ¡Tiene que dejármelo en las manos para que lo deshuese!

—Calma, Cliff.

El ayudante abrió y cerró las manos, mostrando una doble hilera de dientes prietos como los de un lobo.

Era de largos brazos, recio tórax y rostro como esculpido a martillazos. Sus ojos parecían dos ascuas de fuego.

—Así me lo paga, ¿eh, *sheriff!*

—¿Qué diablos…? ¿El qué?

Cliff jadeó por el esfuerzo.

—Vine en su ayuda.

—No necesito ayuda.

—Usted convino en telegrafiarme cuando detuviera a Wellman

—Es cierto, Cliff.

—¡Esperé su mensaje más de una semana!

Harry apretó los labios.

—Perdí cinco días por culpa de las tormentas que hubieron más al Norte. Por fin llagué a Sould Creek.

—Pero tampoco me ha telegrafiado, ¿verdad?

—Sí, Cliff —dijo Harry, pacientemente—. Envié un telegrama

desde Sould Creek. Debe estar allá en Junior City. El texto era: «La rata está en la ratonera.»

Cliff mostró los dientes amarillos, echando una ojeada a Max Wellman.

—Nos vamos a divertir, jefe.

—Vas a estarte quieto, muchacho. Y lo mejor es que regreses corriendo a Junior City. Te pueden necesitar allá.

—¿Se acuerda del viejo Monty? Lo nombré ayudante accidental. Es bueno con el rifle y mantendrá el pueblo en vereda

—No me gusta, Cliff.

—¿Cree que me gusta a mí dejarlo a usted solo con este fulano?

—No es peligroso.

—¡Je! ¿Max Wellman no es peligroso? ¿Qué le pasó en este tiempo?¿Estudió para reverendo?

—Basta, Cliff.

Cliff asintió contrariado.

—Me callaré, jefe. Pero no le dejaré solo con el tipo. No, señor. Jamás me perdonaría que se nos escapara por falta de colaboración.

Max intervino sarcástico.

—Eh, ayudante, ¿por qué no llama a la caballería?

—Usted se calla, bastardo.

—Lo que tiene que oír un caballero... —suspiró Max.

—¡Le voy a romper el cráneo! —gritó Cliff.

Harry tuvo que intervenir con un zarpazo en el pecho del ayudante.

—Maldición, van a comportarse debidamente o lo lamentarán de veras. Tú, Max, cierra el pico y no lo provoques. Y tú, Cliff, limítate a cumplir mis órdenes.

—Sí, *sheriff* —rezongó Cliff y dirigió una maligna mirada al hombre que asaltó el Banco de Junior City.

Max se sacudió el polvo del traje, recogido en su caída.

Lanzó una mirada a Cliff, que se alejaba para recuperar su caballo.

—Permítame una petición, *sheriff*. No me dejes solo con ese perro rabioso o le romperé el cuello.

—No os perderé de vista a ninguno de los dos.

Max dejó escapar una seca risa.

—Jamás me perdonará Cliff que desvalijara el Banco.

—Calla, Max.

—Una vez que se queda al frente del pueblo, llego yo y lo dejo en ridículo, robando una fortuna.

—¡Cierra la boca, Max!

Max fue a decir algo, pero el extraño brillo en los ojos de Harry Ford le aconsejó que debería mantener cerrada la boca.

Harry murmuró entre dientes:

—Podría tomarlo a risa si sólo hubiese sido un robo, Max. Pero murieron dos empleados del Banco. Dos hombres encargados de la vigilancia. Un par de jubilados que cobraban un cuarto de dólar diario por guardar la puerta. Y tú los mataste, Max.

Max no despegó los labios.

Harry agregó, recalcando las palabras:

—Aquellos dos viejos muertos han sido lo que me ha hecho jurar durante estos quince años que un día te pondría la mano encima y no la abriría hasta poder arrastrarte al verdugo.

Max respiró hondamente y dijo:

—Quizá el verdugo no esté lejos. Puede ser Cliff Powell.

—No te hará ningún daño, porque voy a vigilaros bien a los dos, Max. Estoy muy empeñado en verte colgar de la soga sin que hayas sufrido un solo rasguño.

—Qué bueno eres. Harry

Harry fue a descargar impulsivamente un revés en la cara de Max.

Pero no llegó a llevarlo a la práctica porque sonó un disparo.

La bala levantó un chorro de polvo entre Harry y Max.

Al mismo tiempo resonó una voz de mujer:

—¡Maltratando al detenido!

Harry dio la vuelta, mascullando una imprecación.

Su sorpresa no tuvo límites al comprobar que la mujer era una joven de unos veintitrés años, morena, ojos negros y cuerpo escultural.

Ella desvió el rifle hacia el ayudante Cliff Powell, que llegaba corriendo, atraído por los disparos.

—¡Y también lo vi a usted golpear al detenido, esbirro!

—¡Maldición! —rugió Cliff—, ¿Cómo consiguió …?

—¿Seguirle la pista? —sonrió la bella—. Muy sencillo, ayudante. Usted tiene el cerebro del tamaño de un piñón. Lo alcancé apenas

salió de Junior City.

Harry dijo, enojado:

—Cliff, ¿quién es ella?

Cliff lanzó un salivazo al polvo.

—Mary *Leyes.*

—¿Cómo?

—Esa loca y su tío, que es abogado, están recorriendo nuestro condado para administrar justicia, según rezan en sus folletos que reparten en la calle: «Hermanos justicia y equidad en sus manos. »

—¿Quién es una loca? —gritó Mary, haciendo fuego.

Cliff tuvo que dar un enorme brinco para esquivar el proyectil que le habría aserrado un pie.

—¡Condenado me vea! ¡Cuando atrape a esta bruja juro que...!

Un nuevo proyectil obligó a Cliff a callar dando otro brinco

—¡ Repita lo de bruja, y lo dejo cojo para toda su vida, esbirro!

Harry se interpuso, dándose interiormente a todos los diablos

—Baje el arma, Mary.

Ella lo miró con un solo ojo, el otro cubierto por una guedeja de cabello ensortijado.

—¿Me promete inmunidad legal?

—¿Qué quiere decir?

—Usted respetará lo que represento: la ley, la equidad y la defensa

—De acuerdo, primor. Baje el arma.

Mary puso el rifle en la otra mano y lanzó un gruñido al pasar frente a los representantes de la ley en Junior City.

Se encaró con el detenido y sonrió como un ángel.

—Hable sin temor, señor Wellman. ¿Ha sido maltratado?

Max observaba risueño a la muchacha, la cual le recordaba en cierto modo a su hija Judy.

—No, pequeña. Pero ya me engrasaron las muñecas para atarme al potro del tormento.

—Celebro que no haya perdido su buen humor, señor Wellman. Mi tío y yo tenemos un lema para los reos: «Deja de estar apurado y convenceremos al jurado.»

—Linda rima, Mary —sonrió Max, divertido.

—O éste otro axioma: «Si te asustas ante el juez, pronto te rebanarán la nuez.»

Max soltó una carcajada.

—Eres única, muchacha.

Ella apartó sonriente la guedeja de cabello que le cubría el ojo.

—Espere conocer a mi tío Piper Blake. Es el abogado más bata Mador del mundo.

—Lo deduzco por la sobrina.

—En Kansas City le llaman La Bestia Devoradora de Fiscales. El último caso que ganamos allá fue el de Luke Norton, que fue acusado de haber matado a su suegra. Bueno, ella le cantaba todas las mañanas. La mujer resbaló con la pastilla de jabón en el baño. ¿Y qué crees que dijo el fiscal? Que Luke Norton había roto el cuello de su suegra para que dejase de cantar. Tío Piper demostró al jurado que Luke no estaba en el lugar de los hechos cuando su suegra resbaló. Luke fue absuelto y a tío Piper lo pasearon en hombros por la sala del tribunal.

—Muy alentador.

Mary dio unas palmadas en el brazo de Max Wellman.

—Deje su caso en nuestras manos y pronto podrá abrazar a su familia con la cara bien alta.

Harry llegó por detrás de Mary *Leyes.*

—¿Cómo llegó a enterarse de este asunto?

Ella alzó la barbilla altivamente.

—Ya sé que usted y su esbirro han llevado el caso con el mayor sigilo. Pero hubo una filtración en su oficina que llegó a oídos de tío Piper.

—Seguro que fue el viejo Monty que se fue de la lengua —rezongó el ayudante Cliff.

—No les daré el gusto de saberlo —dijo Mary, retadora—. Lo cierto es que supimos que iban a acusar de asalto y homicidio a un prohombre de un lugar muy lejano llamado Sould Creek.

—Y usted se dio prisa en ponerse a trabajar, ¿eh? —murmuró Harry Ford, cada vez más malhumorado.

—Cuando ganemos este caso, todo el país hablará de un aboga do y su colaboradora: Piper Blake y Mary Blake.

—Ya.

—Por eso no he reparado en medios para correr tanto camino y salirles al encuentro antes de que arranquen una confesión al señor Wellman.

—El señor Wellman ya confesó, Mary —dijo Harry.

Mary se revolvió como un rayo.

—¿A base de golpes?

—¿Qué está diciendo?

—Dígame qué son esos moretones que ostenta el señor Wellman en el rostro. ¿Maquillaje barato? ¡Oh, no! *Sheriff*, usted ya le dio unos pases al detenido y será tenido en cuenta cuando haya que declarar en el juicio preliminar.

—¿Un juicio preliminar?

—Para establecer si hay lugar a una acusación contra el señor Wellman. Qué palurdos son ustedes los sabuesos, sean *sheriffs*, *Marshalls* o rurales. Vamos, señor Wellman. Hemos de hablar en privado

Mary atrapó a Max por el brazo y lo llevó hacia un *saloon* en ruinas.

Cliff masculló una imprecación.

—¿Lo está viendo, *sheriff?*

—Sí, Cliff —murmuró Harry Ford—, Y me cuesta trabajo creerlo.

CAPÍTULO V

A mediodía, Mary preparó la comida en una sartén y ella y su cliente Max Wellman compartieron el frito.

—Quiero que se mantenga con fuerzas a la hora del proceso —sonrió Mary.

Max asintió mojando el pan en su parte de la sartén.

—Eres muy buena, muchacha.

—Oh, no. Pienso cargarlo en la minuta de honorarios del proceso.

Max la contemplaba pensativamente mientras masticaba los

alimentos.

Mary servía agua fresca en dos vasos recuperados del abandona do *saloon.*

—¿Usted cree que lo hizo, señor Wellman? —inquirió de espaldas. —¿Asaltar el Banco?

—Si, señor Wellman.

Max se echó a reír con amargura.

—¿Crees que me habría dejado conducir por el *sheriff* Ford si yo fuera inocente?

—Usted no tiene cara de haberlo hecho, señor Wellman.

Mary regresaba con los dos vasos de agua.

—Lo hice.

—Cuénteme cómo ocurrió.

Max acabó su ración y se limpió los labios con la servilleta. —Ocurrió a los cuatro años de casarme con Mabel.

—Siga, señor Wellman.

—Eran tiempos difíciles. Mi ocupación más frecuente era como guía de caravanas.

—Qué época más romántica, señor Wellman.

—Había prometido a Mabel que la convertiría en una reina. Pero fue pasando el tiempo y yo no podía cumplir mi promesa.

—¿Por qué no sigue contando, señor Wellman?

Max salió de su abstracción con un punto del infinito.

—Aquel día que pasé a través del bosque de Junior City por primera vez, observé algo que me llamó mucho la atención.

—¿Qué fue?

—Se había producido un pequeño incendio en los arbustos de las estribaciones del bosque. El pueblo entero de Junior City corrió con cubos, mangueras y demás utensilios para apagar las llamas antes de que se tornaran un infierno inextinguible.

—Y fue cuando se le ocurrió, ¿eh?

Max sacudió la cabeza mirando al suelo.

—Pero lo hice seis semanas más tarde. Cuando volví a pasar de nuevo por Junior City.

—Prendió fuego al bosque.

Max asintió en silencio.

Mary empezó a retirar la sartén porque había reducido su contenido a un emparedado que tenia ahora entre los dedos.

—Luego, esperó a que la gente acudiera en masa al bosque.

—Sí, Mary. Realmente estaba esperando ver pasar al *sheriff* Ford. Era importante que se alejara del pueblo. Por fin lo descubrí al frente de un equipo de hombres con palas, cubos y mangueras. El incendio del bosque iba en aumento. Con que tenía mucho tiempo por delante.

Mary masticaba más aprisa, siguiendo con interés el relato.

Max añadió, con un largo suspiro:

—Entonces entré cómodamente en el pueblo y me dirigí hacia el Banco. Estaba nervioso. Era la primera vez que hacía una cosa como aquélla.

—Eso es importante, señor Wellman.

—¿Tú crees, Mary?

—Claro. Usted nunca había cometido un robo.

—No.

—¿Lo ve? No es un delincuente habitual Ande, continúe.

—Yo sólo perseguía una cosa. Vaciar la caja fuerte.

—Eso no es honesto, señor Wellman.

—No, no lo es. Y yo sabía perfectamente que no lo era en aquel momento.

—Quiero que diga eso en el tribunal. Ya sabe, los jurados tienen en cuenta la lealtad de una persona consigo misma.

—Descuida, lo diré.

—¿Había alguien en el Banco?

—No, no había nadie. Todos los empleados se habían largado para contribuir a la extinción del incendio... Bueno, eso es lo que creí. Porque luego los hechos demostraron que allí había gente.

—No se adelante, señor Wellman. Quiero conocer los hechos tal como se produjeron. Dijo que usted entró en el Banco y no vio a nadie.

—Así fue.

—¿Y luego?

—Me metí en la dependencia y limpié los cajones del cajero.

—¿Había mucho?

—Un par de miles. Pero mi objetivo era la caja.

—¿Sabe abrir una caja fuerte?

—Sí, sabía abrirla. Verás, hay algo que tengo que decirte. Yo había trabajado en un Banco unos años atrás, cuando era muy joven.

Fue en San Luis. Mi tío me empleó en el Banco donde él trabajaba.

—¿Y por qué no continuó trabajando en el Banco?

—Porque tenía un jefe muy déspota. Siempre me estaba perjudicando. Me hacía la vida imposible. Aprovechaba cualquier oportunidad para insultarme. Yo sentía grandes deseos de aplastarle 1as narices de un puñetazo. Y como eso no lo podía hacer, me marché.

—Quiero que también cuente eso al tribunal. Usted prefirió renunciar al puesto en el Banco antes de hacer daño al jefe que se comportaba tan mal con usted... Ande, siga con el asalto.

—Abrí la caja fuerte. Allí sí que había dinero. Más de cincuenta mil dólares. Bueno, no lo conté, pero me pareció que había unas cuantas docenas de miles. Lo metí todo en el saco y fue cuando apareció el empleado. Oí su voz por la espalda. Me dijo: «Alto ahí, amiguito.»

Wellman se mojó los labios con la lengua.

—Me volví y al verlo creí que me moría. Allí estaba uno de los vigilantes, apuntándome con su revólver. Era un hombre de cabello blanco, de un poco más de cincuenta años. «Conque robando, ¿eh?», dijo. Yo me había quedado sin habla. Entonces él dijo: «Te voy a meter una bala en la rótula, ¿lo oyes?». Yo entonces dejé el saco en el suelo y levanté los brazos, diciendo: «No hace falta que dispare. Soy Bob Brand y me entrego.» Yo tenía preparado un nombre falso por si me cogían. El empleado se echó a reír y dijo. «No, amigo, no te vas a salir de rositas Es lo menos que puedes recibir. Una bala en la pierna. Ya te la curaremos Además, yo necesito que me consideren un héroe, y si no disparo, no puedo ser héroe.» Ya iba a disparar cuando apareció el otro vigilante por detrás y dijo: «Espera un momento, Robert. Esto puede ser bueno para nosotros.» El tipo que se llamaba Robert miró al otro y preguntó: «¿A qué te refieres, Dick?» El que se llamaba Dick sonrió y dijo: «Es la mar de sencillo. Hay un incendio. Todo el mundo se ha ido y se nos metió un ladrón en el Banco. Nada de balazo en la rótula. Lo mataremos lejos de aquí y esconderemos el dinero. Parecerá coro si este tipo consiguió llevarse la plata.»

El prohombre de Sould Creek llamado Max Wellman, que ahora viajaba con las manos esposadas para hacer frente a su destino, cerró los ojos con fuerza y se apretó las sienes.

—¿Sabes una cosa, Mary? He soñado noches y noches con aquello. Por eso lo recuerdo tan bien. Y un millón de veces, también despierto, he escuchado aquel diálogo. Es increíble de qué forma un diálogo se queda grabado en la mente.

—Eso demuestra que usted no es tan mala persona como se podría deducir conociendo sumariamente los hechos.

Wellman se echó a reír.

—Hablas como tu tío, ¿verdad?

—Sí, creo que mi tío lo expresaría como lo acabo de decir. ¿Qué le pasó después con Robert y con Dick?

—Después de escuchar la propuesta de Dick, les dije que su obligación era meterme en la cárcel. Que el dinero estaba allí, que no había logrado sacar un solo dólar. Que me juzgasen por el robo. Sólo por eso. Pero no me hicieron caso Me dijeron que si no les obedecía, me matarían allí mismo.

—¿Cuál de los dos lo dijo?

—Dick, pero Robert se había puesto de acuerdo con él. Tuve que obedecer, porque estaba claro que me iban a matar si no seguía sus órdenes. Lo leí en sus ojos. Estaban decididos a todo. Quizá yo era la oportunidad que habían estado esperando durante mucho tiempo.

—Oh, sí, claro. Usted trabajó para ellos. Hizo salir a la gente del Banco y especialmente logró lo más extraordinario de todo, que las autoridades se largasen también ¿Adónde fueron al salir del Banco?

—Cabalgamos en dirección opuesta al incendio. Llegamos a un bosquecillo y me ordenaron que bajase de la silla. Yo recuerdo que estaba bañado en sudor y por eso, durante todos estos años, me he despertado muchas veces bañado en sudor. Por fortuna, nunca hablo entre sueños o hablo habría conocido mi secreto.

—¿Qué pasó en el bosquecillo?

—Dick se abalanzó sobre mí y me golpeó entre los dos ojos con el cañón del revólver So perdí el conocimiento en el primer momento. Cogí un pedazo de carne del estómago de Dick y se lo retorcí. Dio un aullido y, de pronto, me golpearon otra vez.

—¿Fue también Dick?

—No sé si fue Dick o Robert

—¿Y después?

—Se hizo oscuridad total.

Wellman hizo una nueva pausa y prosiguió:

—No supe cuánto tiempo había transcurrido. Recuperé el cono cimiento y los vi allí, tendidos en el suelo. A Dick y a Robert… Y los dos estaban muertos. Dick tenía una herida en el pecho, cerca del corazón, y a Robert le habían alcanzado en la cabeza. Pero lo más curioso del caso es que las balas habían salido de mi revólver. Yo olía a pólvora y comprobé el cilindro y vi que me faltaban dos balas. Ya no tuve duda de que aquellas balas habían acabado con Robert y con Dick. y allí, a mi lado, seguía la bolsa. Miré el interior y vi los fajos de billetes. Pensé atropelladamente, pero influyó mi instinto de conservación. No podía quedarme allí. No podía ir al pueblo y decir: «Mi revólver disparó dos balas, pero yo no maté a esos hombres… Aquí tienen el dinero y yo me largo.»

—No, no podía hacerlo. Lo habrían ahorcado en seguida.

—Sí. Mary, de eso estaba seguro y por eso monté en el caballo y me fui llevándome los cincuenta y cinco mil dólares. Corrí y corrí por las montañas, y de pronto, pensé que todo el mundo creería que yo trataría de llegar a México y entonces decidí cruzar el desierto. Tenía muy pocas posibilidades, pero valía la pena arriesgarse. Creí morir en un par de ocasiones, porque me quedé sin agua y sólo encontré pozos secos. Pero ocurrió un milagro. Un día, cuando yo ya estaba a punto de morirme, llovió torrencialmente. Un viejo buscador de oro me dijo días más tarde que no había llovido en aquel desierto desde hacía diez años. Desde aquel momento pensé que estaba escrito que yo siguiese viviendo. Una vez salí del desierto, fui adonde me estaba esperando Mabel, y para ello tuve que trazar otro círculo. Yo ya habla preparado a Mabel. Antes de separarme de ella le dije que iba en busca de una mina de oro. Compré uno de esos mapas que venden por un dólar… Le dije que el mapa me lo había enviado un amigo muerto. Ya te puedes imaginar lo demás, Mary. Yo había encontrado mi bonanza. Había estado sacando pepitas mientras ella permanecía sola esperándome con la niña, y había vendido las pepitas y la mina por los cincuenta y cinco mil dólares. Inmediatamente nos marchamos de allí. Ya te puedes imaginar lo demás. Llegamos a Sould Creek, compré un rancho y empecé a labrarme un futuro. Esa es la historia de Bob Brand, el forajido que el *sheriff* Ford ha detenido para ser juzgado por asalto y muerte de dos hombres en Junior City.

Mary respetó el silencio de Max Wellman.

—Ya lo sabes todo, Mary. —El preso sonrió con amargura.

—A usted le vieron dos hombres. ¿Lo recuerda?

—No, no lo recuerdo.

—Lo debieron ver salir del Banco.

—No lo creo, porque entonces tendrían que haber visto a los dos vigilantes, a Robert y a Dick. Y ellos me estaban amenazando con el revólver.

—Quizá le vieron entrar.

—Sí, debió ser eso, y no le dieron importancia porque yo llevaba el revólver en la funda. Mi apariencia no les debió infundir sospechas en aquel momento, sino más tarde, cuando se enteraron de lo que había pasado en el bosquecillo.

No dijeron nada durante unos segundos.

— ¿Me crees, Mary?

—Sí.

—Lo malo es que mi historia no la creerá nadie, aparte de ti.

—Tío Piper la creerá también.

— ¿Estás segura?

—Espere a que mi tío se haga cargo del caso y ya verá el partido que saca de lo que pasó, señor Wellman.

— ¿Es que no te das cuenta de que todo está contra mí, Mary? ¿Quién mató a los dos vigilantes?

—Un hombre que se quiso aprovechar y llevarse los cincuenta y cinco mil dólares.

—Pero yo recuperé el conocimiento y no había ninguna otra persona allí. Sólo estábamos los muertos, yo y el botín. ¿Por qué el hombre que mató a Dick y a Robert no se llevó el botín?

Mary se mordió el labio inferior sin dar una respuesta.

— ¿Lo ves, muchacha? No hay salvación para mí. Nadie podrá creerme. Para todo el mundo, yo soy el único asesino. Maté a Dick y a Robert y me largué con el dinero. Y ahora pretendo colocar una fábula para salvar el cuello.

Mary palmeó la mano del prohombre de Sould Creek.

—Confíe en mí y en mi tío y todo irá bien.

—Nunca se pierde la esperanza —suspiró Max.

Mary salió del *saloon* y apenas se perdió de vista afuera, la voz de Cliff Powell resonó por el fondo del abandonado local.

—Para usted ya no quedan esperanzas, Wellman.

Max giró bruscamente la cabeza hacia la penumbra.

Cliff apareció riendo con los dientes apretados.

—Se asustó, ¿eh? ¿Creyó que era el fantasma de una de sus víctimas, Wellman?

Max lo miró con fijeza, sin decir nada.

Cliff lanzaba un chisporroteo de cólera por las pupilas, aunque sus labios sonreían despectivamente.

—No soy un fantasma, Wellman. El *sheriff* me ordenó cubrir la parte de atrás, por si usted escapaba en un descuido.

Max comprendió que el ayudante estaba mintiendo.

Cliff chascó la lengua.

—Pero como el *sheriff* se acaba de largar para ver si caza algún conejo para la comida, he pensado que será mejor que yo me halle con usted.

— ¿Qué quiere, Powell? —interrumpió Max.

Cliff ensanchó la sonrisa.

Sacó a la vista lo que estaba ocultando desde hacía rato con una mano a sus espaldas. Se trataba de un papel y un lápiz.

—Una confesión escrita.

—Usted está loco, Cliff.

—¡Maldito, no vuelva a decir, eso, o le mato!

—Creo que lo intentará de todos modos, Cliff.

Cliff jadeó como una bestia excitada.

—Infiernos, no deja de ser toda una idea.

—Ya se lo dije.

—Pero primero le daré una oportunidad, señor Wellman.

— ¿Una oportunidad?

—Escriba su confesión con cuatro palabras y firme abajo.

Max denegó con la cabeza.

Cliff aplastó una mesa de un puñetazo y gritó:

— ¡Escriba su confesión o lo dejo seco de un pildorazo!

Max quedó inmóvil, frente al enfurecido Cliff.

De repente, éste se echó a reír de modo inesperado.

—Lo siento, señor Wellman. Tengo los nervios flojos, ¿sabe? Me lo ha dicho el doctor Sullivan varias veces. Cliff, debes cuidar tus nervios o acabarás dentro de una celda para locos. Eso me ha dicho.

Se interrumpió emitiendo una risita seca y diabólica, mientras lanzaba una ojeada por la ventana.

Desde allí contempló la silueta de Mary *Leyes* y se cercioró de que ella se hallaba bastante lejos del *saloon* para impedirle que llevara a cabo sus planes.

—Salga por la puerta de atrás, señor Wellman —dijo de pronto.

Max achicó los ojos como si no hubiese oído bien.

Cliff se acercó riendo a carcajadas.

— ¿Se ha quedado de muestra? Pues le hablo en serio, Wellman. Lárguese, huya, póngase a salvo.

Max permaneció en la silla quieto.

Cliff interrumpió su risita.

—¿Cree que lo hago gratis, Wellman? No, camarada. Usted me pagará el favor con diez mil dólares… ¿Cómo los cobraré? Sencillamente, mientras yo pongo a mi jefe en una pista falsa, yo acudiré detrás de usted y nos veremos en Lontanas. Allá hay un Banco. Seguro que conocen su firma. Le entregarán la plata Me dará los diez mil dólares y luego regresaré al encuentro de mi jefe diciendo que usted se me esfumó. ¿Qué tal?

—Usted es un miserable, Cliff.

Cliff rió con ganas.

— ¿De veras, señor Wellman? ¿Y usted, es mejor?

—Eres un cerdo, Cliff. Un bastardo.

Cliff repiqueteó la lengua en tono desaprobatorio e irónico al mismo tiempo.

—Vamos, señor Wellman. No son palabras adecuadas para un caballero educado como usted. ¿Qué diría su esposa? ¿Y su hija Judy?

—No las mencione, Cliff.

— ¡Pronto las abrazará y se reunirá con ellas al otro lado de la frontera! ¡Podrán empezar una nueva vida!

Max entrecerró los ojos.

—Lo único que deseas es que yo me levante, huya por atrás y te dé la espalda, para tener la oportunidad de dispararme.

— ¿Cómo? —entreabrió la boca Cliff.

—Leí tus pensamientos desde que entraste acá, ayudante.

— ¡Maldición! Se cree un tipo listo, ¿eh? ¡Va a ver lo que hago yo con los tipos listos!

—Sé que lo deseas, Cliff. Quieres verme muerto. Pero no tienes paciencia para esperar el día de la ejecución.

— ¡Dio en la diana, señor Wellman!

—Quieres hacerlo con tus propias manos.

— ¡Añada que quiero escuchar sus alarido! Diga bien alto que quiero verlo loco de dolor y habrá acertado, Y no voy a esperar más. ¡No esperaré!

Cliff extrajo el revólver, que tembló en su mano al apuntar al prohombre de Sould Creek.

Emitió una risita demencial y apoyó el arma en la sien de Wellman.

Este comprendió que apenas se moviera, la bala saldría.

—¡Tome su merecido, señor Wellman!

El estruendo del disparo conmovió el viejo *saloon.*

CAPÍTULO VI

Pero no fue a causa de la bala del revólver de Cliff.

Max se derrumbó de la silla.

El proyectil había pasado lejos de su cabeza y se estrelló contra un espejo roto del fondo.

La falta de puntería del ayudante del *sheriff* se debió al impulso de los noventa kilos de Harry Ford.

La embestida llevó al *sheriff* y ayudante por los polvorientos suelos del local, que barrieron dando vueltas.

Harry se puso en pie con presteza, cuando Cliff todavía rodaba hasta estrellarse en la pared más alejada.

—¡Jefe! —exclamó el ayudante, perplejo.

Harry salió a su encuentro.

—Te lo advertí, muchacho.

Disparó la derecha que estalló en la quijada de Cliff con ruido de cascajo.

Cliff lanzó un salivazo sanguinolento y se apartó avanzando con pies y manos por el piso.

— ¿Por qué, jefe? ¿Por qué? ¡Todo fue pura comedia!

— ¿De veras, Cliff?

— ¡Quise asustarle! ¡Meterle el miedo en el cuerpo! ¡Bajarle los humos! ¡Eso quería, jefe!

—Y te ibas a ayudar clavándole una bala en el cerebro.

Cliff arrugó los labios sangrantes mientras protestaba:

— ¡Habría disparado! ¡Pero sólo para arrancarle un poco de cabello! ¿No lo comprende, *sheriff!* ¡No soy un criminal!

Harry lo miró con dureza.

Se volvió al escuchar el grito de Mary.

— ¿Qué le han hecho, señor Wellman? ¡Cielo santo! ¡Dispararon contra usted! ¡Estos sabuesos sin piedad quisieron matarle!

—No ha sufrido ningún daño —interrumpió Harry.

Ella se revolvió con fijeza.

—¿Usted cree? ¡Ordenaré que sea revisado por un doctor!

—El arma de Cliff se disparó accidentalmente.

—Ya. La estaba engrasando y el tiro despeinó a mi cliente, ¿eh? ¡Lo que pretenden ustedes es minar la moral de mi cliente! ¡Están tratando de que se descosa y llegue al tribunal convertido en un guiñapo! ¡Pero aquí está la justicia, la equidad y la...!

—Maldita muchacha... O cierra la boca...

— ¿O qué? —gritó ella, retadora—. ¿También me aplicará un tratamiento a base de golpes para silenciarme?

Harry se contuvo a duras penas y se volvió hacia Cliff.

—Ocúpate de los caballos. Nos vamos inmediatamente...

—Desde ahora, mi cliente y yo no nos separaremos un instante, *sheriff*. —Mary alzó la barbilla y asió a Max Wellman por el brazo.

Los dos desaparecieron en la calle repleta de bolas de espino.

Cliff se incorporó jadeando y señaló hacia la puerta.

— ¿Cómo se confía tanto, *sheriff!* ¡Ahora mismo podrían atrapar los caballos y largarse para siempre!

—Maldita sea, Cliff. Una palabra más y te rompo todos los dientes.

Cliff asintió con un exagerado cabeceo.

—Ya no me oirá ni respirar.

Al ir a atravesar el vano de la puerta se detuvo en seco, porque estalló un rugido de armas en la vieja calle.

—¿Lo ve, jefe? ¡Nos están disparando!

Harry acudió hacia la salida, revólver en mano, pero también tuvo que frenar en seco junto a los batientes desencuadernados.

—No son ellos.

Max y Mary regresaban hacia el *saloon* empujados también por los revólveres de dos individuos de aspecto inquietante.

De pronto, un vozarrón estalló por la derecha:

— ¡Arroja el revólver, Cara de Piedra!

Harry masculló una imprecación al reconocer la voz.

El del vozarrón emitió una sonora y fuerte carcajada.

Dile a Cáscara Amarga que lance también su «quitapenas»

Cliff rechinó los dientes.

—No lo haré, jefe.

Vamos, ya conoces a Clay Forrest. Será capaz de ordenar la muerte de Max y Mary.

—Sería una buena ocasión de deshacerse de dos estorbos.

Harry sacudió un golpe seco en el cuello de Cliff, seguido de un cuchillazo en la muñeca que obligó al ayudante a desprenderse del arma con un gemido.

A continuación, Harry envió el revólver de Cliff al exterior.

El tipo del vozarrón rió estruendosamente y se hizo visible por la acera.

Era un hombrón de unos cincuenta años, sólido como una roca, de elevada estatura, rostro brutal y enorme boca de labios amorcillados.

Rió, abriendo los brazos.

— ¡Deja que te estreche con fuerza, Cara de Piedra!

Entró en el local y Cliff se arrancó inesperadamente ahora con un «Derringer» minúsculo que sacó del sobaco.

Hizo fuego apretando los dos gatillos que poseía el arma y las balas se llevaron un trozo de manga del hombrón llamado Clay Forrest.

Este dejó escapar su brazo derecho grande como un tronco y atrapó de lleno al ayudante.

Cliff dio la vuelta de campana, estrelló la cara en el suelo y quedó trazando coletazos sobre el piso como una iguana malherida.

Clay lanzó un salivazo y gruñó, malhumorado:

—Miren a Cáscara Amarga. ¿Por qué no le vaciaré el cráneo de un balazo?

Emitió un gruñido y levantó la cara mirando con un solo ojo a Harry Ford.

—¿Sabes por qué no lo hice, Cara de Piedra?

—¿Por qué?

—¡Porque aunque estamos toda la vida en bandos opuestos, eres como un hijo para mí!

—Ya salió —masculló Harry.

— ¡Puedes preguntárselo a mis hombres! ¡No dejo de repetirles

que el único *sheriff* del mundo a quien aprecio se llama Cara de Piedra! ¡La verdad es que nunca me acuerdo cómo te llamas…! Sí, Harry… Eso es Harry Ford Pero ya conoces mi manía, siempre adjudico un mote a la gente. Para entenderme, claro.

Se dio vuelta para ordenar a los hombres que custodiaban a la joven y a Max.

Harry entrecerró los párpados.

—¡Traigan aquí a Perita en Dulce y a Millones!

—De modos que sabes quién es el tipo.

— ¿Te refieres a Millones? Oh, lo reconoció uno de mis muchachos. Además, estuve un rato en la parte de atrás con la oreja pega da a la pared. Me enteré del asunto que te traes con Millones.

Mary y Max penetraron en el *saloon*, aguijoneados por las armas de los forajidos.

— ¿Qué clase de autoridad es usted? —exclamó la muchacha, mirando al *sheriff*—. ¿Cómo consiente estos atropellos?

— ¡Infiernos! —exclamó Clay Forrest, riendo—. ¡Menuda lagar tija es esta Pera en Dulce!

—La pera en dulce lo será su abuela, señor.

Clay abrió las fauces y retumbó el viejo *saloon* con sus risotadas.

—Tiene carácter, demonios. ¿Tu novia, Cara de Piedra? ¿O es la hija de Millones?

Mary levantó la cara hacia el forajido.

—Ni una cosa ni otra, señor Forrest.

—Conque Pera en Dulce me conoce, ¿eh?

—La Compañía Blake de Defensa y Equidad tiene una lista de los delincuentes y sus delitos por si alguna vez se ofrece la oportunidad de defenderlos ante la ley.

—¿Están oyendo a Pera en Dulce? —exclamó Clay, con los ojos muy abiertos—. ¡Menuda rabia tiene la nena! Oye, Perita, creo que voy a poner en tus manos mi defensa cuando me atrape Cara de Piedra, Lobo Rabioso, Esposas de Plata o cualquier otro de los *sheriffs* que andan detrás de mí.

Mary asintió con una cabezada.

—Mi tío y yo tendremos mucho gusto en poderle defender, señor Forrest. Estamos al tanto de su carrera de delitos.

—Infiernos, mil infiernos…

—Y podremos librarlo de la horca con toda seguridad.

Clay Forrest rió de modo ensordecedor.

— ¿Estáis oyendo lo mismo que yo, muchachos? ¡Pera en Dulce dice que me librará de la horca! ¿No es un tesoro esta muchacha? ¿Cómo lo harás, Pera en Dulce?

Mary apretó los labios.

—Por el único camino que existe, señor Forrest. Solicitando clemencia del juez y que lo manden a un manicomio, que es lo que le hace falta.

Clay emitió un rugido de ferocidad.

—¿Qué estás diciendo, deslenguada?

—Es evidente que usted tiene trastornadas las facultades menta les. Su boca babeante, sus ojos separados, el tic nervioso en el ojo derecho… —Mary chascó la lengua—. Tendremos el caso en el bote.

— ¡Maldición, voy a estrangularla!

—Quieto, Clay —intervino Harry.

Clay giró noventa grados para mirar en los restos del espejo del bar.

— ¿Boca babe…? ¿Ojos separados? ¡Condenado me vea! ¡Vuelve a insultarme de ese modo y te juro que te pongo en mis rodillas y te doy una tanda de azotes!

—De eso me encargo yo, jefe —guiñó un ojo el rubio que habla encañonado a Max Wellman.

—Ni hablar —protestó un chato de dientes separados—. Jefe, yo fui quien sorprendió primero a la muchacha y cualquier decisión acerca de ella debo ser yo quien la lleve a cabo.

Clay acabó por sonreír.

—Pelillos a la mar, muchachos. Demostraré a Pera en Dulce que estoy en mi sano juicio. —Separó los labios—. O tendré que usar el látigo con ella Pero ¿a qué enfadarnos por nada? Estamos aquí para descansar.

Harry se aclaró la garganta.

—¿Qué hiciste esta vez, Clay?

El forajido emitió un gruñido, tomando asiento.

—Nos llevamos treinta y cinco mil dólares de un Banco mexicano.

—No está mal, Clay.

El forajido rió en tono menor.

—Ha sido un buen golpe, teniendo en cuenta lo difícil que están

los tiempos.

Mary intervino con un respingo.

— ¿Estoy despierta o soñando, *sheriff?* ¿Cómo está hablando tan tranquilo con este individuo?

Fue Clay quien contestó riendo.

—Cara de Piedra y yo nos conocemos desde hace muchos años, Perita.

—Ya lo dijo antes.

—Pues bien, durante muchos años, él ha intentado agarrarme. Y yo me he salido de entre sus dedos. ¿Es cierto, Cara de Piedra? Recuerdo que una vez me asió de mis hombros y él y yo estuvimos tres días a pleno sol, en pleno desierto, entre plenas rocas. Nos moríamos de sed. Pero Cara de Piedra y yo estábamos cada cual tras su roca, como los lagartos en su agujero. Los dos pendientes del menor movimiento del otro. El quería mandarme al infierno. Y yo lo hubiera mandado a la gloria, que es donde van los *sheriffs* bue nos. Pero finalmente los elementos pudieron más que nosotros. So portamos dos tormentas de arena, una plaga de langostas y tres días de cielo sin nubes. Estábamos como locos. Durante las noches nos poníamos a hablar. Éramos como dos amigos. Alli nació realmente nuestro afecto, ¿eh, Cara de Piedra? Te conté mi vida y tú me con taste la tuya.

—Sí, Clay.

Clay sacudió la cabeza, sonriendo:

—Por fin yo perdí el conocimiento a causa de la sed abrasadora. Me estaba muriendo. Cara de Piedra quiso acabarme a tiro limpio, pero perdió el pie entre las rocas y se pegó un testarazo en el cráneo. Tenías que haber visto a los dos a punto de ser presa de los buitres.

—Pero los buitres tuvieron aprensión —dijo Mary.

—Buen chiste, nena —se carcajeó el forajido—. La verdad es que sufrimos insolación y vagamos por el desierto. Nos perdimos el uno al otro. ¿Eh, Cara de Piedra? Pero desde entonces somos como dos hermanos. Naturalmente, algún día tendremos que llenarnos la barriga de balas. Pero Dios quiera que la cosa tarde.

Harry estaba tenso desde hada un buen rato.

—Quizá no tarde demasiado, Clay.

Clay emitió un rugido.

— ¿Por qué tienes que estropear el encuentro, muchacho? No

tienes nada contra el trabajo en el Banco del otro lado de la frontera.

Está fuera de tu jurisdicción. Ya me buscarás las cosquillas en otra ocasión, infiernos.

—Quizá estés en lo cierto, Clay.

—Lo estoy, Cara de Piedra. Tú tienes el asunto de Millones entre los dedos y yo llevo entre manos lo del Banco como si fueran castañas calientes. Cuando todo pase, tú y yo volveremos a hacernos rabiar, ¿eh, pillastre?

Harry no dijo nada.

El forajido clavó su mirada en Max Wellman y gruñó:

—En cuanto a usted, Millones..., la cosa canta en otro tono. Sí, señor. Usted es un sinvergüenza, un desaprensivo, un granuja...

Max determinó cerrar la boca porque el *sheriff* se lo ordenó con una mirada.

Clay agregó, picoteando con el dedo en el pecho de Wellman:

—Usted es un poderoso y, encima, comete un delito. ¿Está bonito eso? Al menos, yo, Clay Forrest, me juego el tipo día a día. Pero usted se sale de la ley, viviendo en la crema. Malo, Millones. Muy malo.

El rubio se aclaró la garganta.

—Jefe, el tipo Millones cometió su delito hace quince años

—Hola

—Lo escuché al vuelo por la ventana de atrás cuando hablaba con el bastardo del ayudante. Creo que limpió el Banco de Junior City o algo parecido.

Clay abrió mucho los ojos.

— ¡Un competidor que llegó muy alto! ¡Maldición! ¡Esto es lo que me amarga la vida! Vean a un tipo que pega su golpe, hace la hormiga, crea un nombre y vive tan feliz.

—No hay derecho, ¿eh, jefe?

— ¡Tipos como éste sí que merecen la horca! ¡Y nosotros con el alma en vilo hora tras hora, esperando que un *sheriff* como Cara de Piedra, o Esposas de Plata, o Mazmorra Húmeda nos mate como a perros! ¡Cochino mundo!

—Por eso hay que alegrar un poco la vida, jefe —manifestó el chato de los dientes separados, atrapando a Mary por la cintura.

Mary gritó y trató de golpear el rostro del forajido

Harry dio un paso adelante.

—Suéltala, Stephen.

El chato Stephen forcejeó con la muchacha.

—Me tocó en el reparto, *sheriff*.

Harry se aproximó al chato y empezó a levantar el puño. Entonces, el rubio le incrustó el revólver en el flanco.

—Quieto, *sheriff*. Ahora mandamos nosotros.

Harry se revolvió y estrelló los nudillos en el maxilar del rubio. El rubio disparó al techo, mientras caía de espaldas.

—Maldición —gruñó Clay, empezando a ponerse en pie.

—¡Lo voy a asar, jefe! —gritó el rubio, levantando el arma hacia el *sheriff*—. ¡Tengo que matarlo!

—Quieto, King —dijo Clay—. ¡Quieto!

King rechinó los dientes, decidido a matar al *sheriff*.

Apretó el gatillo.

Sonó un trueno espantoso.

CAPÍTULO VII

La bala partió del revólver de Clay Forrest.

Entró zumbando por la boca del rubio King y salió por su cogote, produciendo ahora un rugido porque llevaba consigo sustancias orgánicas.

Los restos de King se derrumbaron sobre el suelo, en medio del mayor silencio.

Mary apartó la mirada y ocultó el rostro en lo primero que halló, el pecho del forajido chato culpable del desaguisado.

El chato Stephen acarició el cabello de la muchacha, que estaba demasiado impresionada para reaccionar

Clay se puso en pie rojo de cólera.

— ¡Maldita sea mi suerte! —rugió—, ¿Vieron lo que tuve que hacer?

Harry sacudió el polvo de la pernera del pantalón.

—Todavía pude saltar en el último momento.

— ¡Siempre la fanfarronada fuera de lugar, maldición! —masculló Clay—. ¡Tuve que volarle la cabeza o te habría matado, Cara de Piedra!

Harry apretó los maxilares harto de la farsa del forajido.

Clay lo apuntó con el dedo.

— ¡Puedes dar gracias a tu buena estrella que me hice el propósito de respetarte por nuestra vieja amistad! ¡Pero provoca a otro de mis hombres y te juro que la siguiente bala será para tu cabeza!

Stephen empezó a reírse y Clay se revolvió hacia él.

— ¡Y tú suelta a la chica o te meto un perdigón en la boca, Cara de Ladrillo!

Stephen soltó a Mary como si quemara.

Clay rechinó los dientes cerca del rostro del asustado Stephen.

—Yo soy quien tiene que decir para quién será la muchacha. ¡Y mejor que lo diga ella, infiernos! Habla, Pera en Dulce.

Mary lo contempló como si fuera un desequilibrado.

—¿Qué tengo que decir. Forrest? —exclamó.

— ¿Por quién de los dos te decides, Cara de Piedra o Cara de Ladrillo?

—Cáigase muerto.

Clay lanzó una imprecación.

—¡Estás por los huesos de uno de los dos! ¡Y encima me traes dificultades con tus disimulos!

Mary tenía los ojos muy abiertos.

— ¿Qué está diciendo este chiflado, *sheriff?*

Harry resolló con fuerza e intervino:

—Clay, te estás equivocando con la chica.

— ¿Yo? —Clay se golpeó el pecho con las dos manos—. ¿Un tipo con cincuenta años de experiencia con las mujeres? ¡Ella os está encalabrinando a los dos! ¡Se estuvo timando con Stephen y contigo al mismo tiempo!

— ¡*Sheriff!* —gritó Mary—, ¡Sujéteme o le saco los ojos a este puerco!

Clay dio manotazos al aire.

— ¡Basta, infiernos, basta! ¿Quién es tan tonto de contar con las mujeres? Si desean peleen por ella.

Stephen sonrió mirando al *sheriff.*

—Sí, jefe. Un duelo. El *sheriff* y yo.

Clay tomó el revólver del muerto y le vació los agujeros del cilindro dejando una sola bala.

—Toma, Cara de Piedra. Eres mejor que Cara de Ladrillo. Por eso tendrás una bala y él las seis para rectificar los fallos. Salgan a la calle.

Harry titubeó un instante, pero finalmente asió el «Colt» que le brindaba Clay.

Stephen emitió una risita.

—¿No tiene miedo, *sheriff?*

—Estoy dando diente con diente.

—Usted siempre será el mismo, *sheriff*. Conque lo dejaré tirado en el polvo con esa misma expresión de tipo duro.

—Sal de una vez, Stephen.

El grupo brotó hacia la calle, salpicada de bolas de espino.

Cuando llegaron afuera, Harry comprobó lo que sospechaba des de hacía rato. El pueblo abandonado estaba ahora visitado por toda la plantilla de Clay. Se veía a seis hombres que contemplaban la escena.

Harry sabía que aquella situación llegaría un día. Clay inventaba cualquier excusa para sacarlo del mundo, aunque dorando la píldora ante los ojos de sus hombres.

— ¡ Preparados! —batió Clay las palmas.

Harry llegó al término de la escena, caminando por la derecha y Stephen lo hizo por la izquierda.

— ¡Ya! —gritó Clay.

Los dos contendientes levantaron las armas con cuidado.

Harry afinó la puntería para batir a Stephen y aprovechar el único cartucho.

Apretó el gatillo.

Stephen se quedó como clavado en el suelo.

Abrió los ojos al máximo y se derrumbó.

Perdió el revólver en la caída y trató de acercarse a él.

Harry abatió el arma, pendiente de los movimientos del herido.

Pero no sólo era Harry el que contenía el aliento.

También Mary, Max, Clay y sus hombres en bloque tensaban los nervios observando los esfuerzos de Stephen por acercarse al revólver.

Stephen se arrastró con los codos, los dientes prietos y una expresión homicida y dolorosa en las pupilas.

Su mano derecha daba zarpazos al aire, pero el «Colt» se hallaba muy lejos.

— ¡Vamos, Stephen! —gritó uno de sus compinches.

— ¡Un poco más, Cara de Ladrillo! —gimió el forajido.

Stephen sudaba en la agonía y en la ansiedad de vengarse toman do el «Colt».

De repente, todo él se derrengó como un gusano.

Volvió los ojos hacia Clay Forrest.

— ¡Jefe, no puedo! ¡Estoy paralizado de medio cuerpo! ¡Haga algo por mí!

Clay abatió el mentón sobre el pecho para asentir.

—Sí, hijo mío. Te voy a ayudar.

Saltó de la acera y se aproximó a Stephen.

Extrajo el revólver, lo apoyó en su cabeza y apretó el gatillo. El disparo quedó ahogado.

A continuación, Clay enfundó el «Colt» y regresó a la puerta del *saloon* en medio de un sepulcral silencio.

—Acérquense todos —exclamó de pronto.

Harry ya estaba de regreso y llegó al tiempo que los demás hombres de Clay.

Este abarcó al grupo con la mirada y rezongó:

—No quiero más jaleos con el *sheriff* y sus invitados. ¿Entendído? Y la advertencia también va por ti, Cara de Piedra. Estamos de paso, esperando que baje un poco este maldito sol para no asarnos por el camino. Cuando caiga la tarde, cada cual saldrá en busca de su destino. Ahora háganme el favor de comportarse como personas durante estas horas y no como lo que somos. He dicho.

Un tipejo delgado rompió a aplaudir, pero Clay se revolvió con el «Colt» en la mano.

— ¡No, jefe! —gritó el renacuajo, aterrado.

Clay sopesó el arma y la enfundó a regañadientes.

Luego observó a Mary ceñudamente.

—El Lombriz te dará dos gallos salvajes que cazamos en el campo. Aderézalos y sírvelos a la mesa.

Mary empezó a abrir la boca, pero dio la vuelta rabiosamente y se dirigió hacia la cocina del *saloon.*

El tipejo apodado la Lombriz resultó ser el de los aplausos, por que reapareció corriendo con dos gallos muertos a balazo limpio y corrió en pos de Mary.

Harry se volvió hacia el forajido cincuentón.

—Quiero marcharme ahora, Clay.

El forajido lanzó un salivazo.

—Petición denegada.

— ¿Por qué?

—Te asarías al sol, tú, la chica y Millones.

—Correremos el riesgo.

— ¿No viste la tormenta de arena que llega del desierto, muchacho? Además, no voy a ser tan estúpido de dejarte libre para que me salgas por la espalda y me des el susto del año. No, señor Sé las ganas que me tienes y eres capaz de cualquier triquiñuela para regresar a Junior City con Millones esposado y con Búfalo Listo muerto sobre la silla.

— ¿Quién es Búfalo Listo?

El forajido se señaló el pecho con el pulgar.

—Yo, Cara de Piedra.

Luego se apartó del *sheriff,* pero se detuvo en la puerta antes de salir.

—Cuando amaine el sol, yo y los muchachos saldremos de este nido de lagartos. Depositaremos vuestras armas en el pozo de la entrada al pueblo y las recogeréis cuando ya estemos lejos.

Harry no hizo ningún comentario porque sabía lo inútil que era entrar en discusiones con el forajido.

Acudió a la cocina donde Lombriz ayudaba a la muchacha a terminar de pelar los gallos.

Lombriz se esfumó soplando las últimas plumas de las manos y los dejó solos.

Max también acudió a la puerta lanzando miradas retrospectivas.

— ¿Qué vas a hacer ahora, *sheriff?*

Harry se pellizcó el mentón.

—Tú y la muchacha saldréis de aquí a la menor oportunidad.

—No me digas que me dejas en libertad.

—Te lo digo.

Max dejó escapar una risa en tono menor

—Es chocante, *sheriff.*

— ¿El qué?

—Corriste mucho camino para tener que soltarme ahora.

—Conozco bien a Clay Forrest.

— ¿Qué quieres decir?

—Es un tipo que saca la sangre a una piedra.

Max y Mary estaban pendientes de los labios del *sheriff* de Junior City.

Este agregó, con los maxilares apretados:

—Te llama Millones porque es todo un símbolo para él. Y estoy seguro que intentará sacar partido de 4a situación.

— ¿Cómo, *sheriff?* ¿Esperas que yo le ofrezca dinero para librar me de ti?

—El será quien haga la oferta. Te pasará un brazo protector alrededor del cuello, querrá congeniar y luego propondrá un trato: sacarte de este lugar para ponerte a salvo. La verdad es que procurará exprimirte como a un limón. Te obligará a que firmes cheques, a que obtengas dinero de cualquier modo. Y acabará quemándote los pies para sacarte hasta el último centavo.

Max asintió:

Mary intervino ansiosamente:

— ¡Tiene que buscar el modo de que salgamos todos sin que se den cuenta! ¡Usted también, *sheriff*.

—Será suficiente para mí que ustedes se pongan a salvo mientras contengo a la pandilla a tiro limpio.

—Eh, jefe —interrumpió Cliff el diálogo entrando por la puerta—. No contó conmigo.

—Sí, Cliff. Te tuve en mente.

—Ya. Yo seré el encargado de custodiar a Wellman y a la muchacha, ¿eh?

—No, Cliff.

— ¡Pero, jefe! ¡No puede soltar a Wellman!

—Ya hemos discutido eso, Cliff.

—Insisto en que debo custodiarlo. Podría llegar vivo a Junior City y no te daría el gusto de matarme.

— ¿Quién quiere matarlo? —protestó Cliff. Luego sonrió forzadamente—. Señor Wellman, prometo contener mis impulsos dictados por una justa indignación. Lo respetaré como a un detenido.

Max miró al *sheriff*.

—Si permites que me acompañe este bastardo, te aseguro que trataré de romperle el cuello a la menor oportunidad.

— ¡Maldición! —chilló Cliff—. ¿Está viendo, jefe? No sabe hacerse cargo de las críticas circunstancias.

—Te quedarás conmigo, Cliff.

Cliff miró con odio a Wellman.

— ¡Protesto!

—Puedes protestar todo lo que quieras.

— ¿Sabe So que pasará si nos matan a nosotros aquí, jefe?

—No hace falta que lo digas.

—Tengo que decirlo. La chica y el preso se largarán. Los dos están confabulados. Nunca se celebrará el juicio contra Max Wellman. Señor Ford, debo recordarle que los dos somos representantes de la ley en Junior City. Si usted es el *sheriff,* yo soy su ayudante y uno de los dos debe quedarse con el prisionero.

—Está bien, Cliff. Voy a rectificar.

—Eso es bueno.

—Me iré yo y tú te quedarás.

— ¿Cómo?

—Ya lo has oído. Tengo que decidir si uno de los dos se va con Wellman y ése voy a ser yo. Tú te quedarás para defender nuestra retirada.

Los ojos de Cliff se agrandaron mirando a un lado y a otro, como si buscase un apoyo.

—No estará hablando en serio, jefe.

—Absolutamente.

—¿Quiere decir que me va a dejar aquí solo enfrentado con estos forajidos?

—Tú me hiciste ver que iba a cometer un error, y ya rectifiqué, Cliff. Sabes lo que tienes que hacer... Entretenerlos para que nosotros podamos alejarnos sin peligro.

— ¡No puedo hacer ese trabajo yo solo!

—Tienes que hacerlo.

— ¡Me matarán!

—Estás cumpliendo con tu deber.

—Pero esto será un suicidio. Tiene que ayudarme alguien. Que se quede él —señaló a Wellman—, Eso es. Que se quede conmigo. Por la cuenta que le trae, tendrá que defenderse.

Wellman sonrió.

— ¿Cómo sabes que me defenderé y que no voy a matarte?

—¿Qué?

—Yo podría llegar a un acuerdo con Clay Forrest. Él lo está deseando. Es posible que me mate, como dice el *sheriff,* pero al principio no tendrá más remedio que conservarme vivo para sacarme el dinero. —Wellman hizo una pausa—. Conforme, Cliff; me quedaré contigo.

La cara del ayudante se habla cubierto de sudor

— ¿Ha oído eso, jefe? ¡No puede dejarme con él...! ¡Lo ha

confesado! ¡Me va a matar! Y yo no podré hacer nada porque estaré pendiente de Clay Forrest y sus forajidos. Seguro que Wellman me mata por la espalda. Me levantará la tapa de los sesos.

—Entonces volveremos al principio —repuso Ford—. No querrás que te deje con Mary porque ella te servirá de poco. . Nos quedaremos tú y yo. Los dos juntos.

—Pero ¿cómo va a dejar a Wellman solo?

—Wellman me dará su palabra de que nos esperará.

— ¡No cumplirá!

—Suponiendo que no cumpla, lo volvería a atrapar. Ahora ya sé dónde viven su mujer y su hija y dónde tiene su hacienda. No, Cliff, no creo que vuelva a escaparse.

Wellman negó con la cabeza.

—No me escaparé, Ford Señala el lugar donde Mary y yo os debemos esperar.

—Diez millas al norte de aquí hay un pequeño valle. A la entrada verás cuatro encinas Pasé por allí cuando me dirigía a Sould Creek. Tú y Mary nos esperaréis allí. Si en seis horas no nos reunimos con vosotros, será señal de que Cliff y yo hemos fracasado.

—De acuerdo —asintió Wellman.

Cliff Powell se echó a reír.

—Estamos hablando como si realmente pudiésemos librarnos, jefe. Estamos sin armas, en poder de Clay Forrest. ¿Cómo van a escapar ellos, señor Ford?

—Eso va a ser cuenta nuestra —contestó el *sheriff*.

— ¿Y qué vamos a hacer para sorprender a Clay Forrest? ¿Nos convertiremos en invisibles?

—Aprovecharemos la primera ocasión que se nos presente.

— ¿Cuándo?

— ¡No lo sé, maldita sea!

Los ojos de Cliff destellaron con intensidad.

—O sea, que usted y yo nos vamos a jugar el tipo por un asesino que mató a dos vigilantes de un Banco y que se llevó cincuenta y cinco mil dólares.

—Así están las cosas y ya discutimos bastante eso. ¡Silencio! Se acerca alguien.

Lombriz apareció en la cocina.

— ¿Cómo van esos pollos, muchacha?

—Se están cociendo —contestó Mary.

El *sheriff* Ford amplió la respuesta golpeando en el cuello de Lombriz.

El forajido se desplomó sin soltar un gemido. Quedó inmóvil en el suelo.

Harry se apoderó del revólver de Lombriz y se acercó al hueco de la puerta

Vio a dos hombres que estaban hablando al fondo del *saloon*

—Eh, chicos —llamó su atención—, decidle a Lombriz que se esté quieto.

Uno de ellos volvió la cabeza.

— ¿Qué le pasa a Lombriz?

—Está tratando de besar a la muchacha y nos amenaza con el revólver para que no podamos hacer nada

Los dos hombres rieron y echaron a andar a! mismo tiempo. Uno de ellos dijo:

—Ese Lombriz no puede dejar quietas las manos cuando se encuentra con una muñeca.

El *sheriff* Ford se apartó para dejarles paso y los dos forajidos entraron confiados.

Ford les puso delante de la cara el revólver

—Quietos, chicos.

Los dos forajidos borraron la sonrisa al mismo tiempo.

Cliff Powell desarmó a los dos fulanos, y uno de éstos dijo:

— ¿Qué se propone, *sheriff!* No llegará muy lejos. El pueblo está tomado por nuestros muchachos. Si quieren jugar al pim-pam-pum, todos ustedes se van al hoyo.

—Ya hablaste bastante, amigo. Descansa ahora —dijo Harry Ford, y golpeó en la cabeza del que había hablado.

Al mismo tiempo, Cliff Powell pegó con otro «Colt» en el cráneo del segundo.

Los dos hombres al servicio de Clay se desplomaron.

Harry asomó otra vez la cabeza y miró hacia la escalera del *saloon.* Bajo ella había una puerta que golpeaba suavemente porque no ajustaba bien.

—Ese es vuestro camino, Wellman —dijo—. A correr.

— ¿No me das un revólver, *sheriff!*

— ¡No se lo entregue, jefe! —gritó Cliff.

—Tengo que dárselo para que pueda seguir vivo.

— ¡Maldita sea, puede dirigirlo contra nosotros!

—Correremos ese riesgo —repuso Ford, y le entregó un revólver a Wellman.

—Gracias, *sheriff* —dijo Max—, Vamos, Mary.

Cogió a la joven de la mano y los dos echaron a correr.

El *sheriff* y Cliff vieron desaparecer a Mary y al detenido por aquella puerta que golpeaba.

—Fue ahora cuando cometió su mayor error —dijo Cliff.

—Guarda tus energías. Las vas a necesitar.

Oyeron pasos fuera y varios hombres entraron en el *saloon* y uno de estos preguntó:

— ¿Dónde están Edgar y Bud?

— ¡Edgar! ¡Bud! —gritó otro.

—Ahora, Cliff —dijo Ford.

El *sheriff* y Cliff salieron de la cocina escupiendo plomo.

CAPÍTULO VIII

Tres hombres se derrumbaron alcanzados por las balas. Dos cayeron en el suelo y desaparecieron bajo las hojas de vaivén.

— ¡A la ventana, Cliff!

El *sheriff* y su ayudante corrieron y se lanzaron por la ventana que saltó en añicos.

Rodaron por la acera de tablones medio carcomidos.

Los dos hombres que habían escapado hicieron fuego sobre ellos desde la puerta del *saloon,* pero Harry y Cliff se habían convertido en blancos muy movibles.

Harry, entre vuelta y vuelta, disparó ininterrumpidamente.

Uno de los fulanos lanzó un aullido. Dejó caer el revólver moviendo la mano hacia la cara. Se vino hacia adelante y se derrumbó.

El otro quiso entrar en el *saloon* por debajo de las hojas de vaivén, pero recibió una bala y cayó como un pato.

Delante del *saloon* había cuatro caballos apersogados.

Cliff, el ayudante, ya estaba corriendo como un diablo hacia los animales.

— ¡Estúpido, te pueden alcanzar! —le gritó Ford.

Pero Cliff estaba lleno de miedo y saltó a la silla alocadamente porque ni siquiera desapersogó las bridas de la barra.

Tuvo que ser Harry quien se ocupase de hacer eso y dejar libre al otro caballo, el que él iba a utilizar.

Sonó un estampido.

Harry vio salir por una esquina a dos hombres y tumbó a uno,

pero luego su gatillo golpeó en vacio.

Cliff reaccionó bien y disparó dos veces contra el fulano, y logró alcanzarlo con el segundo plomo.

Los dos jinetes escaparon por el último recodo de la calle cuando Clay Forrest salía del edificio que en otro tiempo se llamaba hotel Nacional.

Tres hombres salieron con el y un cuarto vino de la otra parte de la calle.

—Huyeron, Clay.

— ¿Cuántos?

—Los cuatro.

—No puede ser. Maldita sea.

— Dos escaparon por la parte trasera y dos por la parte principal.

—Pero, ¿y los muchachos que los vigilaban?

—Dejaron a Edgar, Bud y a Sam sin conocimiento y mataron a los otros.

Clay Forrest apretó los maxilares.

—Sois una pandilla de inútiles.

—No irán muy lejos.

—Tú no sabes quién es ese *sheriff* y quién es Max Wellman. Yo te diré quiénes son. Max Wellman huyó con cincuenta y cinco mil dólares hace un montón de años y nadie le había echado el guante hasta ahora, y eso quiere decir que es un tipo que sabe cómo escapar a una persecución. Pero el *sheriff* Ford dio con él. ¡Después de quince años!

—Entonces, ¿qué quieres que hagamos? ¿Es que vas a abandonar ese negocio de sacarle el dinero a Wellman?

—¡Claro que no lo voy a abandonar! ¡Y ya puedes jurar que no renunciaré a un solo centavo del dinero que le sacaré a Wellman! Si, Job, déjalos correr. Que corran todo lo que quieran. Ellos creen que pueden escapar a Clay Forrest y no saben que Clay Forrest es un buen cazador y que a él no se le escapa una pieza. ¡Ni una sola! ¿Lo oís?

* * *

Mary y Max Wellman llegaron a aquel pequeño valle ante cuya

entrada se alzaban las cuatro encinas.

La joven saltó de la montura y se tendió en la hierba.

Estaba sofocada y respiraba jadeante.

Max no descendió tan rápidamente. Primero volvió la cabeza a sus espaldas y observó el camino que hablan traído hasta allí No vio a nadie. Entonces saltó de la silla y se sentó junto a Mary.

—Te metiste en un mal negocio, chica.

—Ha sido emocionante.

— ¿Sólo se te ocurre decir eso?

— ¿Qué otra cosa quiere que diga?

—Nunca debiste venir a mi encuentro.

— ¿Y cuál es el punto segundo?

—Que te vas a largar ahora mismo.

— ¿Yo sola?

— ¿Y adónde iré?

—Con tu tío Piper.

—Oh, no, de ninguna forma. Continuaré con usted.

Max cogió a la joven por el brazo y dio un tirón de ella.

—Monta en la silla, Mary.

—No voy a hacer tal cosa.

—Tienes que ser sensata, Mary. No sabemos si el *sheriff* y su ayudante habrán salido de aquella ratonera. Tanto si lo han conseguido como si no, Clay Forrest y sus forajidos emprenderán nuestra persecución.

—Si ése es el peligro, véngase conmigo.

—No puedo.

—Entiendo. Le dio la palabra a Ford de que lo esperaría aquí

—Eso es.

—No le comprendo a usted, señor Wellman. ¿Por qué es tan cumplidor? Usted dice que tiene muy pocas probabilidades de que le crean su historia.

—Pero ahora tendré a tu tío Piper para que me ayude. ¿O no es tan bueno como lo era antes?

—Tío Piper es estupendo y él y yo haremos lo posible por ayudarle. Pero después de haber escuchado su historia, me he dado cuenta de que nuestro trabajo es muy difícil.

—Y por eso me aconsejas que me largue.

—Sí.

—No, no lo haré.

—Usted es inocente. ¿O me va a decir ahora que no lo es? ¿Mató o no mató a aquellos dos hombres?

—No los maté, pero ya me cansé de las pesadillas. Sí, Mary, ha llegado el momento de mi vida en que debo hacer frente al pasado.

—Usted está limpio.

—No, no estoy limpio porque me llevé aquellos cincuenta y cinco mil dólares

—Pero no tuvo más remedio que llevárselos

—Pude dejarlos.

—Oiga, yo no soy el tío Piper, pero entiendo bastante de leyes. A usted le impidieron que robase, y lo sacaron del Banco a la fuerza y lo llevaron lejos del pueblo en lugar de meterlo en una celda, y después lo dejaron sin conocimiento, y cuando usted despertó, se encontró con aquellos dos muertos. Al ver el dinero, sólo pensó en que debía largarse con él. Pero estaba conturbado porque le habían pegado fuerte en la cabeza. No supo lo que hacía.

—No sigas, Mary. Fui yo quien preparó el golpe... Recuerdo que todo lo hice fríamente. Conté con el incendio, con la desbandada que se produciría. Sólo falló mi plan por la súbita aparición de aquellos dos vigilantes. Pensé que también se habían marchado. Fue lo que ocurrió la primera vez cuando pasé por allí y descubrí aquel incendio. Todos salieron... Quiero decir que el hecho de que me llevase el dinero antes o después de que me dejasen sin conocimiento, no sirve. Además, están los resultados, y en este caso concreto hubo dos muertos... No, Mary, me temo que ni siquiera tu tío Piper, por mucho que sepa de leyes, podrá hacer algo por mí. Por eso tienes que abandonar.

—No renunciaré. Me voy a ocupar de usted. He hecho mucho camino y ahora no consiento que usted me diga lo que tengo que hacer.

En aquel momento oyeron una cabalgada.

Mary se puso en pie, gritando:

— ¡Son ellos, el *sheriff* y su ayudante!

No se equivocaba. Harry Ford y Cliff Powell saltaron de los caballos.

— ¿Cómo lograsteis escapar? —preguntó Max.

—A tiro limpio.

Cliff Powell observó al prisionero con las cejas enarcadas.

— ¿Por qué no se largó. Wellman?

—Porque acordé con el *sheriff* que lo esperaría aquí.

—Se quiere hacer el buen chico ahora, ¿eh, Wellman? ¿Qué quiere conseguir con eso? ¿Un certificado de buena conducta por parte de las autoridades de Junior City?

—Basta, Cliff —dijo Harry Ford—. Hemos de largarnos cuanto antes... ¡A los caballos!

Poco después, el grupo reemprendía el camino.

CAPÍTULO IX

La posada El Escocés había sido en otro tiempo estación de pos tas. Ahora su dueño, Norman McCleyan, tenía que conformarse con acoger algún viajero que, abandonando la ruta normal, la que ahora pasaba más de cincuenta millas al Norte, tratase de llegar por sus propios medios a México o a California.

Esto daba a su posada una excitante emoción. Era frecuente encontrarse allí a tipos perseguidos por la ley que repostaban con McCleyan antes de proseguir su marcha

Los cuatro jinetes detuvieron sus monturas en lo alto de la colina desde la que se divisaban la posada El Escocés

—Será mejor que pasemos de largo —dijo Cliff Powell.

—No —contestó Harry Ford—. Los caballos están cansados y también nosotros necesitamos un poco de reposo. Pasaremos la noche en la posada.

—Pero ese McCleyan es un canalla

—McCleyan y yo nos conocemos.

—Puede jugárnosla.

—Puede, pero no lo hará. Vamos, a la posada.

Se descolgaron por la colina y poco después llegaban a su destino

McCleyan salió en persona a recibirlos. Era un hombre de unos cincuenta años, un gigante de casi dos metros, fuerte, robusto. Se cubría con una sucia camiseta. Su cabello y su barba, muy poblada, eran rojizos.

— ¡Que me emplumen! ¡Si es Harry Ford! El mejor *sheriff* al oeste del Mississippi.

Harry Ford desmontó.

— ¿Cómo te va, Norman?

—Mal, pero no me quejo.

— ¿Quién hay en la posada?

—Dos viajeros.

— ¿Los conozco yo?

—No creo. Es gente honrada —rió el Escocés.

— ¿Desde cuándo acoges tú a gente honrada. McCleyan? Eso significaría que habrías cambiado mucho.

—Harry, eres un tipo grande. Eh, creí que traías a un prisionero, pero no veo a nadie con las esposas puestas. ¿Qué haces por aquí?

—Tuve que ventilar un asunto más allá del río Snaker y ahora vuelvo a mi casa. Necesitamos tres habitaciones.

—¿Tres?

—Mi amigo, el señor Wellman y yo, tendremos la misma habitación. La segunda es para la señorita y la tercera para mi ayudante, Cliff Powell. Mientras nos aseamos un poco, sería magnífico que preparases una buena cena.

—De acuerdo, Harry.

Hablan estado cabalgando durante todo el día, concediéndose muy poco descanso, tan sólo unos minutos para que los caballos refrescasen. Harry sabia por experiencia que Clay Forrest no era un hombre que se precipitase en sus actos. Todo lo sopesaba y a ello debía el seguir viviendo. No podría cambiar de la noche a la mañana. Y también cabía la posibilidad de que Clay Forrest hubiese renunciado a seguirlos porque pensase que era muy arriesgado para él abandonar las montañas.

Los cuatro viajeros entraron en la posada.

Harry se detuvo como si hubiese tropezado contra un muro al ver a la mujer que estaba sentada a una mesa.

Conocía a aquella mujer. No la había visto desde hacía dos años. Se llamaba Joan Nilghai.

Ella también lo descubrió a él y sus mejillas perdieron el color poco a poco.

Era muy atractiva, de cabello rubio como el trigo poco antes de ser segado, de ojos verdes, grandes y rasgados.

—Vete arriba con el prisionero y quédate con él hasta que yo llegue, Cliff.

—Está bien. Demonios. ¿No es ésa Joan Nilghai?
—Sí. Es Joan.
—¿Qué hace aquí?
—¿Quieres que sea adivino, Cliff?
—¿Me permite que yo se lo pregunte?
—No te metas, Cliff, y obedece.
—Sí, señor.
Cliff hizo una señal a Mary y a Max Wellman y los tres subieron la escalera.
Harry Ford se dirigió hacia la mesa en que se encontraba la hermosa rubia.
—Hola, Joan.
— ¿Cómo estás, Harry?
Los dos guardaron silencio mirándose a los ojos. Ninguno se atrevía a hablar.
De repente, ella se echó a reír y dijo:
— ¿Sabes que he pensado muchas veces en este encuentro?
—Yo también.
—Pero en lo que se refiere a mis pensamientos, nunca supuse que fuese así, tan protocolario. «Hola, Joan...» « ¿Cómo estás, Harry?...» Perdona, seguramente te habrás casado, y yo soy un recuerdo que se debe olvidar.
—No, no me casé.
—Creí que la chica que te acompañaba...
—No es nada mío.
—Entonces, ¿estás en acto de servicio?
—Así es. ¿Puedo sentarme?
—Oh, sí, claro. Disculpa que no te haya invitado. Creí que te ibas a reunir con tu esposa, pero ahora ya sé que no lo es.
—Traté de saber de ti, Joan.
— ¿De veras?
—Pregunté en muchos sitios y nadie me supo dar razón. ¿Por qué te fuiste tan precipitadamente de Junior City?
—Estaba cansada de aquella ciudad. Había permanecido allí durante tres años. Llegó un momento en que me asfixiaba. No, no podía quedarme ni un minuto más.
— ¿Por qué te fuiste?
— ¿Necesitas que te lo diga? ¿No te diste cuenta?

—Supuse que me querías.

—Sí, Harry, te quería. Pero sólo para mí, y eso significaba el matrimonio, pero tú nunca quisiste saber nada de eso. Para ti el matrimonio era una trampa de la que tenías que escapar, costase lo que costase. Y cuando me di cuenta de que nunca podría ser la señora Ford, me dije que debía retirar la trampa para que el *sheriff* Harry Ford no corriese el peligro de perder su soltería.

Harry sonrió con amargura.

—Has sido muy clara ahora. Pudiste serlo entonces.

— ¿Y qué habría pasado, Harry?

—No lo sé.

—Yo sí lo sé. Te habrías disculpado y habría sido mucho peor. Por eso decidí huir.

—Quizá tengas razón.

—Gracias por concedérmela.

— ¿Adónde vas; Joan?

—Hacia el Sur.

— ¿México?

—No, un poco antes de México. Me quedaré en El Paso unas semanas. Conocí a un hombre hace unos meses, dueño de tres *saloons* en El Paso. Se llama Christian Grimer. Me prometió un contrato por cuatro meses. Es una buena oportunidad.

Ford había fruncido las cejas.

—Christian Grimer no es un tipo muy recomendable.

— ¿Por qué?

—Trafica con todo. Para él cualquier cosa puede ser una mercancía, y entre ellas, no se libran las mujeres.

—Estupendo.

—Joan, no hablarás en serio.

—He llegado al momento de mi vida en que no me asusta nada, Harry. Estuve en San Jacinto durante cuatro meses. La población sufrió un ataque de peste.

—¿Cómo diablos fuiste a parar a San Jacinto?

—Por la sencilla razón de que estaba allí cuando se declaró la epidemia. Pude escapar, pero me quedé porque me necesitaban. Trabajé como enfermera y te aseguro que fue una gran experiencia. Vi cosas indescriptibles. Cualquier día yo podía morir, y no me importaba, Harry. Fue una sensación maravillosa desafiar a la

muerte, pero cuando todo hubo terminado, yo seguía en pie. Me dije que estaba preparada para ir a cualquier parte… Anda, sígueme hablando de Christian Grimer, de ese tipo indeseable.

Harry sacudió la cabeza.

—Ya veo que no serviría de nada. ¿Cuándo saldrás?

—Mañana al amanecer.

—Entonces no nos veremos. También yo pasaré aquí la noche

—Lo siento, pero me retiraré a mi cuarto dentro de un rato. Estoy cansada. Celebro haberte visto, Harry.

Ford la miró a los ojos, tratando de leer en ellos, pero vio reflejada una gran dureza Se levantó.

—Creo que esto es una despedida.

—Sí, Harry.

—Bueno, no sé qué decirte.

—Deséame muchos éxitos en El Paso.

—Desde luego.

—Yo también te los deseo a ti en tu cargo de *sheriff*. Naturalmente, seguirás representando a la ley en Junior City.

—Así es.

—Hasta la vista, Harry.

—Adiós, Joan.

El *sheriff* de Junior City dio media vuelta y se encaminó hacia la escalera. Sintió una extraña sensación en el estómago. Podía ser hambre, pero la causa también podía ser Joan Nilghai. ¿Cuántas veces se había preguntado qué pasaría entre ellos cuando se volviesen a ver? No había pasado absolutamente nada. ¿O habría pasado mucho?

Joan era la única mujer que él había amado de verdad. Eso lo supo cuando desapareció de su vida. Durante meses y meses la echó de menos. Preguntaba por ella a todas las personas que pasaban por Junior City y nadie le supo dar noticia. Y ahora, cuando viajaba con aquel hombre que había asaltado el Banco de Junior City quince años atrás, se volvían a encontrar. Pero aquel encuentro duraría muy poco, porque al día siguiente cuando saliese el sol, cada uno de ellos emprendería un camino distinto, y quizá esos caminos jamás volverían a cruzarse.

CAPÍTULO X

Harry oyó la voz de Cliff Powell y se acercó a la habitación.

Su ayudante estaba gritando:

— ¡Dame ese revólver, Wellman!

Abrió la puerta y vio que Cliff estaba apuntando con su «Colt» a Max Wellman, pero éste conservaba el revólver en la funda.

— ¿Qué pasa, Cliff?

—Wellman no quiere darme el arma, jefe.

Max sonrió.

—Y por eso me quería pegar un tiro. ¿No es eso, Cliff?

Él ayudante exclamó:

— ¡Ya pasó el peligro! Burlamos a Clay Forrest.

—Puede aparecer en cualquier momento —dijo Wellman y miró por la ventana.

—Dame el «Colt», Max.

— ¿Crees de verdad que ha pasado el peligro?

—Si Clay aparece, te daré otra vez el arma, pero ahora no la necesitas.

—Como tú quieras —dijo Wellman, y le dio el «Colt».

Cliff enfundó también el suyo.

—Voy a lavarme —dijo.

Salió de la habitación y se encaminó a la suya, pero antes se detuvo y escuchó a sus espaldas.

Entonces siguió andando por el corredor y se coló rápidamente en la habitación del fondo.

Unos brazos femeninos rodearon su cuello y una boca buscó la

suya. Era Mary Blake.

Los dos se besaron apasionadamente, y de pronto, él sufrió un acceso de furia y se desprendió de los brazos de Mary y abofeteó a la muchacha, que retrocedió tambaleándose.

—Maldito, ¿por qué haces esto?

—Debería estrangularte, Mary. Te dije que te estuvieses quieta.

—No podía dejarte solo.

— ¿Y por qué no?

—Yo quería arreglar este asunto.

—¿Y cómo lo has arreglado?

—El detenido sigue viviendo. Menudo tipo listo eres tú. Cometiste un asalto hace quince años, ¿y qué fue lo que pasó? Que la persona que habías elegido como víctima se te llevó el dinero.

—Fue un caso de mala suerte.

—Y tú mataste a aquellos dos hombres.

—Tuve que hacerlo. Lo planeé bien y tuve que hacerlo sobre la marcha.

—Lo planeaste tan bien que cometiste dos asesinatos y otro hombre sacó producto de todo.

—Te repito que fue completamente azaroso. Vi aquellos dos bastardos, a Robert y a Dick que se llevaban al fulano con la bolsa. El asalto había sido planeado por aquel salteador, pero él había sido detenido por los dos vigilantes. Tenía ante mí la gran bolsa de mi vida.

—Un bonito juego de quién roba a quién.

—Sí, Mary, de eso se trataba, de saber quién era el más inteligente para quedarse con el dinero. Fui detrás de ellos y vi cómo los dos fulanos dejaban sin conocimiento a Wellman. Entonces entré en acción. Me acerqué a ellos con el revólver en la mano. Robert y Dick se quedaron de piedra. Quisieron contarme una fábula. Dijeron que habían perseguido hasta allí al salteador. Yo hice como que les creía para confiarlos. No quería matarlos con mi revólver. Ya te he dicho que todo había que hacerlo rápidamente y demostré que tenía sesos en la cabeza.

— ¿De qué te sirvió, talento?

—No me hables así o te rompo la cara.

—Está bien, continúa. Quiero que llegues hasta el final.

—Te dije que estaba confiando a Robert y a Dick. Lo necesitaba

para coger el revólver del hombre desvanecido que, según Robert, se llamaba Bob Brand. Entonces disparé dos balas. Sólo necesité dos Una para cada bastardo y cayeron muertos. ¿Te lo imaginas, Mary?

—Sí. Te imagino allí con tus dos víctimas, y con Bob Brand sin conocimiento en el suelo y con aquella bolsa de cincuenta y cinco mil dólares. ¿Cómo infiernos pudiste perderla?

—Me sorprendieron. Y eso es algo que nadie podía prever. Fue aquel imbécil, aquel estúpido doctor. De pronto, oí su voz. Creí morirme al verlo a lo lejos, sentado en su tílburi. Había visto el incendio desde un rancho y acudía a toda prisa para prestar su ayuda, y al verme me llamó a voz en grito. Desde su carro, él no podía ver los cuerpos tendidos en tierra, y yo pensé que debía ir allí, a su lado, y contestarle muy aprisa para quitármelo de encima y volver a por el dinero y para ajustarle las cuentas al salteador. Sólo estuve con el doctor Fleet unos minutos. Le dije lo que pasaba, que yo había ido por allí porque había visto a los vigilantes ir por ese la do... Por fin, el doctor se marchó.

—Y cuando regresaste, te encontraste únicamente con los dos muertos.

—Sí.

—Eso fue el resultado de tu gran plan. Qué gran fortuna... Dos cadáveres...

—Maldita, te voy a retorcer el pescuezo.

Cliff fue a abalanzarse sobre ella, pero la joven dijo:

—Cuidado, Cliff, te pueden escuchar y entonces lo perderemos todo.

— ¿Por qué me has traído a la memoria esos recuerdos? ¿Por qué no te estuviste quieta y te quedaste allí?

—Te quiero y aposté a que echarías a perder todo esto, y ya ves que no me equivoqué.

— ¿Acaso he podido matar a Wellman?

—No me entiendes. Precisamente lo que no debes hacer es matar lo. ¿Sabe acaso él algo de aquello, de lo que realmente pasó? Nada, absolutamente nada. Le hice contar la historia y no habrá nadie en el mundo que le crea. Está perdido.

— ¿Y qué es lo que te contó?

Mary le hizo un relato de su conversación confidencial con Max Wellman.

— ¿Te das cuenta, Cliff? Lo necesitamos vivo. Wellman no te puede hacer ningún daño, puesto que no sabe nada de ti. Ya que tú no pudiste conseguir el dinero del asalto, yo le sacaré unos cuantos miles con la supuesta defensa.

—Pero tu tío querrá la mayor parte.

—Necesitamos a mi tío para que lo defienda. Conseguiré que le saque tres o cuatro mil dólares por su trabajo. Wellman es un hombre rico. Podrá pagarlo.

—Tendrá que devolver los cincuenta y cinco mil dólares.

—Sí, los devolverá, pero aún podrá pagar unos miles a su aboga do. Tiene el mejor rancho de la comarca de Sould Creek. En cuanto a mi tío, si después del juicio se pone pesado, lo despachamos. Ya estoy harta de él y de su honradez legal. Me da náuseas.

Cliff Powell respiró profundamente. Estaba más calmado.

Mary se acercó a él y le sonrió.

—Cliff, ésta es la gran oportunidad de nuestra vida. No podemos dejarla escapar.

—Estoy de acuerdo, nena.

Ella lo besó con los labios entreabiertos, y cuando se separó dijo:
—Podríamos poner en práctica otro plan, Cliff.

—¿Cuál?

—Yo podría conquistar a Max Wellman.

— ¿Cómo?

—Hacer que se enamorase de mí.

— ¿Para qué?

—Si yo le hiciese perder la cabeza, podríamos conseguir su rancho.

—Tiene una esposa y una hija.

— ¿No sabes lo que hacen los hombres cuando pierden la cabeza? Anda, dime, ¿qué es lo que dijiste de mi cuando te conocí?

—Que eras un diablo.

— ¿No crees que lo sigo siendo?

—Max Wellman es un tipo duro.

—He conquistado a otros mucho más duros que él.

—No me gusta que me recuerdes eso.

—Cariño, hasta encontrarte a ti, no conocí el verdadero amor. ¿Qué malo hay en que pasase por otras experiencias? Tú eres el que has ganado.

Mary le acarició el lóbulo de la oreja, mientras él estaba pensativo.

—No costaría nada con probar, dulzura —dijo Cliff.

—Es lo que digo yo.

—Pero no llegues al límite extremo.

—Claro que no voy a llegar Max Wellman no es mi tipo. —Será mejor que no lo olvides.

— ¿Crees que puedo olvidarlo teniéndote a ti, Cliff?

Cliff la estrechó entre sus brazos y la besó.

Mary echó la cabeza atrás.

—Cliff, ¿no crees que es mejor que te vayas?

—Ahora no.

—Pueden sorprendemos y todo se vendría abajo.

Cliff sacudió la cabeza.

—Sí, Mary, tienes razón.

Luego salió del cuarto.

CAPÍTULO XI

—Bien, Max, ahora me vas a contar la historia —dijo Harry Ford, el *sheriff* de Junior City.

— ¿Qué historia?

—No te hagas el tonto. La de todo lo que pasó.

—No te va a servir, Harry.

—Deja que sea yo quien lo decida.

—Maldita sea, la conté ya.

—A Mary.

—Sí, a Mary Blake. Al fin y al cabo, su tío y ella se van a encargar de mi defensa.

—Yo soy el representante de la ley y debo conocer todos los detalles.

— ¿Por qué si ya tienes prejuicios? Has esperado quince años para cazarme y eso quiere decir que te metiste en tu cerebro la idea de que yo maté a aquellos dos vigilantes.

—Y no los mataste, ¿verdad?

—¡No!

—Cuéntame algo con más gracia.

— ¿Lo ves? He hablado de tus prejuicios. Yo para ti soy el asesino, el hombre que despiadadamente mató a dos vigilantes del Banco de Junior City y que se llevó los cincuenta y cinco mil dólares.

—Hay una cosa que siempre me ha intrigado, Max.

— ¿Qué cosa?

—Que los dos vigilantes apareciesen muertos tan lejos del Banco.

Max Wellman dio un suspiro. Estaba tendido en una de las dos

camas mientras Harry Ford se acodaba en las patas.

Wellman contó de nuevo la historia, tal como la había relatado a Mary Blake.

Cuando hubo terminado, Harry Ford se echó a reír.

— ¿Para eso querías escucharme, para reírte?

Max se alzó indignado

—Es el relato más inverosímil que he oído en mi vida.

—Ya te advertí que dirías eso.

— ¿Sabes por qué te pedí que me lo contases? Porque lo sabía. Sí, Max, sabía que ibas a salir con una de ésas. Tú eres una víctima de las circunstancias, te llevaste el dinero porque te lo pusieron en el bolsillo.

—No he dicho eso. Yo entré en el Banco para llevarme la plata, pero luego las cosas pasaron muy distintamente de lo que yo había previsto.

— ¿Y qué es lo que habías previsto?

—No derramar una gota de sangre.

—Qué salteador más pulcro.

—Nunca había robado.

—Todos los ladrones pueden decir lo mismo. Alguna vez tienen que empezar.

—De acuerdo. No tengo defensa con respecto a lo del robo, pero en ningún momento pensé en disparar.

— ¿Llevabas revólver?

—Sí, llevaba revólver.

— ¿Y me quieres hacer creer que estabas dispuesto a no disparar?

—Sólo lo utilizarla para meter miedo a quien se pusiese por delante.

—Correcto, Max, pero supongamos que alguien se te pusiese por delante. ¿Qué habrías hecho entonces?

Wellman no dijo nada, y el *sheriff* exclamó:

— ¡Disparar! ¡Eso es lo que hiciste! ¡Robert y Dick trataron de evitar el robo!

—No, no trataron de impedirlo. ¡Quisieron robar!

— ¡Tú los sacaste del Banco!

—Eso es una estupidez, Harry. Acabas de decir que yo estaba dispuesto a disparar. Si los dos vigilantes me descubrieron en el Banco debí hacer fuego contra ellos.

— ¡Ya lo tengo!
— ¿Qué es lo que tienes?
—La respuesta. Ellos te sorprendieron y los sacaste de allí. No querías matarlos. De acuerdo. Lo voy a aceptar, pero cuando salisteis del pueblo y llegasteis a aquel bosquecillo, ellos trataron de sacar y tú apretaste el gatillo.
¡No, no ocurrieron así las cosas, sino como te he dicho!
— ¿Qué vas a decir tú, Max?
— ¿Lo ves? No valía la pena hablar de ello. Tú tienes un caso resuelto, *sheriff*.
—Quiero llegar a la verdad. Nadie me puede acusar de que resuelva los casos sin profundizar.
—Oye, tengo hambre. ¿Por qué no dejamos de discutir?
Harry fue a decir algo, pero cerró la boca.
Bajaron la escalera y tomaron posesión de una mesa Mary y Cliff no habían llegado.
Joan Nilghai estaba cenando.
— ¿Quién es ella? —preguntó Wellman.
— ¿Qué te importa a ti?
—Vaya, parece que la chica te impresionó.
—No te metas en eso.
— ¿Por qué no he de meterme?
—Porque yo soy el que da las órdenes.
McCleyan les sirvió la sopa.
Mary llegó y se sentó entre los dos hombres. Poco después lo hizo Cliff Powell.
—Eh, jefe, ¿qué le dijo Joan?
—Nada.
—Siempre me he preguntado por qué desapareció tan rápidamente de Junior City. ¿Lo sabe, Max? Esa mujer, Joan Nilghai, estaba por el *sheriff*.
— ¿Por qué no cierras la boca, Cliff?
—Creí que lo había olvidado, jefe. No pensé que...
— ¡Calla!
—Como quiera. Me callaré:
Al cabo de un rato, Joan Nilghai se levantó de la mesa y salió de la posada.
— ¿No va con ella? —preguntó Cliff.

— ¿Por qué no te metes en tus cosas, Cliff?

—Es una bonita mujer. Si usted no va con ella, yo puedo hacerle compañía.

—Te prohíbo que lo hagas —dijo Harry, y se puso en pie.

Echó a andar y también él salió de la posada.

Había oscurecido.

A lo lejos vio la punta de un cigarrillo. Joan estaba fumando.

Se acercó por detrás a la joven.

— ¿Te molesto?

Ella dio un gruñido, asustada.

—Lo siento —dijo Harry.

—No tiene importancia.

La joven le volvió a dar la espalda y continuó fumando tranquilamente.

Harry dio unos pasos hacia Joan y carraspeó:

—Joan, quiero que me perdones.

—No hay nada que perdonar.

Harry la cogió por los brazos y la hizo volver bruscamente.

—Me haces daño, Harry.

Ford miró los ojos de la joven.

—Me he preguntado mil veces durante estos dos años dónde podría encontrarte. ¿Y sabes por qué? Porque me interesabas.

—Te comprendo muy bien. Conmigo tenías la diversión asegura da. Después del duro trabajo como representante de la ley, era muy bueno para ti venir a contarme tus problemas. El señor lo tenía todo a su disposición. ¿Para qué preocuparse por más?

—Es tu venganza, ¿verdad? Muy bien. Véngate. Lo merezco. Pero todavía no es tarde.

— ¿Tarde para qué?

—Para volver a empezar:

Ella se quedó perpleja, y de pronto, echó la cabeza atrás y lanzó una risotada.

— ¿De qué te ríes, Joan?

—De ti, *sheriff*. Me has encontrado por casualidad, y tienes que aprovechar la ocasión. Por eso me propones que me vaya contigo y que me instale otra vez en Junior City.

—No, Joan, no es eso. Te necesito.

—Yo sé cuánto necesitas tú a otra persona. Te lo oí decir muchas

veces: «No necesito a nadie.»

—Un hombre puede rectificar.

—Es tarde para eso.

—No, Joan, nunca es tarde.

—Dejamos escapar nuestra felicidad, Harry.

—No digas frases cursis.

—Oh, sí, claro. Para ti todo es cursi, porque eres un hombre realista. Te has vanagloriado muchas veces de ello. Tienes los pies sobre la tierra ¿Para qué soñar? ¿Por qué irse por las nubes cuando vivimos en un mundo duro, en donde cada hombre está ansioso por apoderarse del mayor número de bienes? Eso responde a tu idea respecto de mí. Yo era un bien para ti, un bien que estaba a tu alcance y que no te costó ningún trabajo coger con tus manos. Pero nunca te has preguntado quién era yo, qué podía esperar de ti.

—Todo será distinto ahora.

—No, Harry.

—No quiero que vayas a El Paso.

—Iré a El Paso.

— ¡He dicho que no quiero que vayas!

—Tú ya no eres el que manda, Harry. Dejaste de mandar hace mucho tiempo. ¿Crees que fue fácil apartarme de tu lado? No, Harry, no lo fue. Tuve que hacer un gran esfuerzo de voluntad, porque yo estaba acostumbrada a verte todos los días. Cuando daban las ocho de la tarde esperaba ansiosa oír tus pisadas en la escalera. Y cuando sabía que había forajidos en la ciudad, contaba los minutos y los segundos, y si te retrasabas, yo pasaba un infierno porque pensaba que quizá no te volvería a ver vivo. Me conformaba con eso, Harry, con muy poco, con tenerte a ti solamente. Y no me importó lo que pensase la gente de mí.

—Por lo que más quieras, Joan, no hables más del pasado.

—Es necesario para convencerte de que lo nuestro terminó.

—No, Joan, no acabó. Te sigo queriendo. Te lo juro, Joan, te sigo queriendo.

—Me sigues queriendo, en la misma forma en que me querías antes.

—Me casaré contigo.

Hubo una pausa.

— ¿Lo ves, Joan? Todo ha cambiado. Serás mi esposa, la señora

Ford.

Joan movió la cabeza lentamente, pero lo hizo en sentido negativo.

—No, Harry.

— ¡Te estoy pidiendo que seas mi mujer!

—Gracias por pedírmelo, pero no acepto.

— ¿Por qué no?

—Ya lo he dicho, porque todo lo nuestro acabó.

—Entonces, ¿no me quieres?

—No, Harry

— ¡Mientes!

— ¿Por qué iba a mentir en una cosa tan importante? Te olvidé, Harry.

— ¿Otro hombre?

—Sí, otro hombre.

Harry dejó libre a Joan, que hasta entonces había estado sujetando por los brazos.

—Estoy avergonzado.

—No te preocupes.

—Me lo dijiste bien claro al entrar en la posada. Fue un saludo y una despedida.

—Sí, Harry.

—Perdona que haya sido un testarudo. Adiós, Joan.

Joan no dijo nada y él echó a andar rápidamente y entró en la casa.

Al quedar a solas, los ojos de Joan se arrasaron en lágrimas. Echó a correr hasta llegar al pozo, y allí apoyó la cabeza en la piedra fría y prorrumpió en sollozos.

CAPÍTULO XII

Cliff se fue a hablar con McCleyan poco después que Harry salió. Así dejaba el campo libre a Mary para que la joven tratase de seducir a Max Wellman.

—Max, se me ha ocurrido la mejor idea.

— ¿Cuál es?

—Huyamos tú y yo.

—No, no voy a hacer tal cosa.

Max sonrió.

—Max, ¿es que no me comprendes? Me ha ocurrido algo contigo, algo que es maravilloso. Me he enamorado de ti

—No, Mary.

—Te quiero. Me gustaste apenas te conocí. No creas que no luché contra mis propios sentimientos. Me decía a mi misma que eras un hombre casado, con una hija de mi misma edad, pero fue inevitable. He seguido pensando en ti momento a momento, segundo a segundo.

Max estaba perplejo.

—Mary, no sabes lo que dices.

—Claro que lo sé.

—Eres una chiquilla.

—Tengo ya veintidós años.

— ¿Sabes cuántos tengo yo?

—No me importa.

—Cuarenta y uno.

—Una edad estupenda. La mejor para un hombre. Estás en la plenitud de la vida.

—Has podido enamorarte del *sheriff* Ford. También él tiene mi edad, año más o año menos.

—No digas eso, Max. ¿Es que una persona se puede enamorar de otra por imposición?

—Oye, Mary, vas demasiado aprisa. Llevamos muy poco tiempo juntos. Sufres un espejismo. Eso es. Te has enamorado de mí porque soy un hombre perseguido.

—No digas eso, Max.

—Claro que lo es. Has venido en mi busca para salvarme de una supuesta intriga legal. Tú y tu tío os dedicáis a defender casos perdidos… Y así fue como me conociste, Mary. Casi como una fiera acorralada Y no lo soy, Mary.

— ¡Claro que lo eres! Y debemos huir.

—No, Mary, decidí hacer frente a los cargos que se me imputan.

—Te pueden condenar.

—Es posible.

—El castigo seria la horca.

—Tengo esperanzas de que me escuchen.

—Te escucharán, pero no servirá de nada, porque se burlarán de ti y de la historia que cuentes… Serás el hazmerreír de Junior City.

—Correré ese riesgo.

—Max, yo te quiero, te quiero con toda mi alma.

—No, Mary. Te lo he dicho. Tú crees que me quieres, pero sólo estás influenciada por mi situación. Si de pronto todo esta pesadilla acabase y yo fuese libre de culpa, te darías cuenta de que lo que sientes hacia mí es simpatía, afecto, pero no amor…

En aquel momento entró Harry Ford. Estaba contrariado. Venía de hablar con Joan. Se encaminó a la mesa donde estaban el detenido y la joven.

Wellman se levantó. No quería seguir hablando con Mary Aquella muchacha se había dejado llevar por su impulso. ¿No habría mostrado ella ser una muchacha demasiado impresionable? Recordaba la forma en que había llegado hasta ellos, pegando gritos, haciéndose dueña de la situación, llegándose a enfrentar con el *sheriff Ford*. .

—Vamos a dormir —dijo Harry.

—Me hace falta también.

Los dos subieron la escalera.

Mary estaba llena de rabia cuando Cliff se acercó a la mesa.

—Parece que no conseguiste mucho con tus dotes de seducción —dijo, el ayudante del *sheriff*.

—Ese Max Wellman es un viejo imbécil.

— ¿Porque no se dejó engatusar?

—Sí, por eso.

—Caramba, es una sorpresa saber que hay un hombre que se resiste a tus encantos.

—No te burles. Mi plan era bueno.

—Sí, es posible que lo fuese, pero al fallarte, tendremos que volver al primero. Después de todo, ya pasé el gran susto. Max Wellman nunca sabrá que yo maté a Robert y a Dick. Eso es lo que nos debe importar. Tú y tu tío le sacaréis un buen pellizco. Debemos conformarnos con esto.

—Tú te conformas con migajas cuando hay una fortuna en juego.

—Nena, hay que contenerse de vez en cuando. En eso consiste el éxito de la vida, en que uno conozca sus propios límites.

—Qué gran filosofía la tuya —exclamó Mary, con sarcasmo.

—Es la mejor.

—Y miren quién lo dice, un tipo que tuvo a su alcance cincuenta y cinco mil dólares y lo dejaron sin un centavo.

—Mary, no me excites.

— ¿Y qué vas a hacer si te excito? Anda, pégame y les digo a todos quién eres tú realmente y lo que hiciste.

El rostro de Cliff empezó a palidecer.

—Mary, estás chiflada.

—Conque ahora estoy chiflada... —pegó un salto y se levantó de la silla.

— ¿Adónde vas?

—A decirle a Harry la verdad.

—No estás hablando en serio.

— ¿Qué crees tú? —dijo ella, con un brazo en jarras, sonriendo.

— ¿Quieres que te rompa el pescuezo, Mary?

—Necesitarías ser más fuerte.

Cliff se abalanzó sobre la joven y le soltó una bofetada que sonó como un disparo.

McCleyan estaba detrás del mostrador y miró hacia allí.

—Eh, ¿qué ocurre ahí?

—No se meta en esto, amigo. No va con usted.

—No me gusta que peguen a una mujer en mi casa.

—Ella se lo merecía y ya te estás callando. Soy el ayudante del *sheriff* de Junior City y tengo autoridad para imponer el orden.

Aquello terminó la discusión entre Cliff y McCleyan, y el ayudante pudo dedicarse a Mary y la que atrapó por el cuello.

—Mary —dijo en voz baja—, recuerda que vas a ser mi mujer. ¿Lucharás en mi bando?

—Sí, Cliff.

—Cuando pasó aquello, compré dos testigos... Si, Mary, tuve que montar aquel tinglado. Dos hombres que supuestamente habían visto a Bob Brand. Esa es la razón por la que pudieron identificar a Max Wellman cuando apareció en la fotografía del diario. Te lo explico para que sepas que varias veces he estado a punto de irme al infierno y no estoy dispuesto a que ahora tú me hagas el hoyo.

—Discúlpame, Cliff.

—Mary, hay momentos en que me das la impresión de que, efectivamente, se te ha metido un demonio dentro, porque reaccionas de una manera anormal.

— ¿Crees que estoy loca, Cliff?

Cliff no contestó a aquella pregunta.

Ella agrandó los ojos.

—Es eso lo que piensas, ¿verdad, Cliff? Que estoy loca. Yo muchas veces he pensado que lo estoy y que por eso obro de la forma que lo hago. Nunca sé lo que quiero, Cliff. ¿No prueba eso que soy una anormal?

—No, Mary. Eso es corriente en el ser humano. Queremos una cosa hoy y mañana la aborrecemos. Tienes que serenarte, muchacha. No puedes echar a perder nuestro negocio. Recuerda que tú y yo nos vamos a casar y para eso tenemos que impedir por todos los medios que a mí me hagan pagar aquellas dos muertes. ¿Lo entiendes, Mary?

—Sí, Cliff. Lo entiendo. Yo te quiero a ti. Sí, te quiero mucho y vas a ser mi esposo.

—Y no te debe importar otra cosa.

—No, Cliff, no me importa nada. Sólo tú y el dinero que le vamos a sacar a Max Wellman.

—Anda, vamos arriba o empezarán a sospechar de nosotros.

Mary y Cliff subieron la escalera.

En la puerta que comunicaba con el exterior apareció Joan, la cual se detuvo muy seria, observando a Mary y a Cliff.

CAPÍTULO XIII

Max Wellman se estaba lavando las manos.

Harry Ford ya se había tendido en la cama.

—Ya me he dado cuenta de que Joan Nilghai ha sido una mujer muy importante para ti.

—Sí. Fue una mujer importante, pero yo no he sabido hasta ahora todo lo importante que era

— ¿No hubo acuerdo entre vosotros?

—No, no lo hubo.

—Tampoco lo hubo entre Mary y yo. Es una chica extraña. —¿Qué pasó?

—Dijo que estaba enamorada de mí.

—No lo creo.

—Yo tampoco. Harry, pero ¿por qué lo dijo?

—Desde un principio esa mujer me dejó desconcertado.

—A mí también, aunque luchase en mi favor.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Max acudió a abrir y vio en el hueco a Joan Nilghai.

— ¿Está Harry Ford?

—Sí.

Harry ya se había puesto en pie al oír la voz de Joan.

—Joan, ¿qué quieres?

—Hablar con los dos.

—Pasa.

Joan entró en la habitación y Max cerró la puerta.

—Dime, ¿de qué se trata?

—De tu prisionero.

— ¿Qué sabes de eso?

—Todo lo que hay que saber para asegurar que es inocente —miró a Max—. Usted no mató a nadie, señor Wellman. Sorprendí una conversación entre el ayudante de Harry y la muchacha que les acompañaba. Fue él quien mató a los dos vigilantes del Banco. El ayudante estaba soliviantado porque usted podría saber algo, pero Mary lo tranquilizó. Le dijo que usted ignoraba que él era el asesino. Ella trató de seducirlo a usted, pero fracasó y pondrá en práctica el otro plan, el de sacarle dinero mediante una defensa legal.

Max Wellman cerró los ojos y se apretó las sienes con la mano.

—Gracias, Joan. No sabe el bien que me acaba de hacer.

Abrió otra vez los ojos y fue a salir de la habitación.

Harry le puso una mano encima.

—Max, ¿adónde vas?

—A ajustarle las cuentas a tu ayudante.

—Ese no es el camino.

— ¿No? ¿Y cuál es, entonces?

—Hemos de obrar con astucia para conseguir su confesión.

—No voy a perder el tiempo, Harry. Ahora sabemos quién mató a aquellos dos vigilantes... Obligaré a Cliff a que confiese. Le sacaré la confesión aunque tenga que partirle media docena de huesos.

—No, Max, no serviría ante un tribunal. Cliff diría que yo me he puesto de tu lado, que me has comprado con tu dinero, que los dos estamos de acuerdo para arruinarlo.

Wellman hizo un gesto afirmativo.

—Sí, tienes razón. Pero ¿qué se te ocurre?

—Hay que pensar algo.

Joan intervino.

— ¿Puedo hablar?

—Claro, Joan —dijo Harry.

La joven se mojó los labios con la lengua.

—Esa chica intentó seducirlo, señor Wellman. ¿Por qué no simula ahora que cae en sus redes?

—Caramba, no está nada mal, ¿eh, Harry?

—Se podía probar.

—Voy a su habitación. Esperadme aquí.

—Buena suerte —dijo Harry.

Max Wellman salió de la estancia y poco después llamaba en la muerta de Mary.

— ¿Quién es?

—Max.

La joven le abrió la puerta y Wellman entró en el cuarto.

—Mary, he pensado en lo que me dijiste, y estoy de acuerdo.

— ¿En huir tú y yo?

—Sí. Nos marcharemos dentro de un par de horas, cuando todos duerman. Has de estar preparada. Yo vendré a por ti.

—¿Y a dónde iremos?

—A México Allí emprenderemos una nueva vida.

—Pero, ¿y tú dinero?

—Ahora puedo decirte algo a ese respecto. Tengo enterrada una gran bolsa Ha estado en el mismo sitio durante muchos años, en previsión de que alguien me identificase. No podía arriesgarme. Si me atrapaban y lograba huir, no podía sacar el dinero del Banco después de los requerimientos.

— ¿Cuánto tienes guardado?

—Veinticinco mil dólares.

— ¿Dónde?

—Ya te lo diré. Ahora debo volver con Harry Ford. Está dormido. Recuérdalo. Volveré a por ti dentro de un par de horas.

—Sí, querido —contestó Mary.

Wellman fue a volverse para salir, pero Mary se colgó de su cuello.

—Eres adorable, Max, y te quiero con locura.

Lo besó en los labios, pero él no hizo nada por aquel beso, y cuando ella se retiró unas pulgadas, salió de la habitación.

Volvió con el *sheriff*.

Joan y Harry guardaban un silencio. Daba la impresión de que habían hablado muy poco mientras estuvieron a solas.

* * *

Cliff Powell paseaba de un lado a otro de la habitación mientras fumaba un cigarrillo.

La puerta se abrió a sus espaldas y giró bruscamente, llevando la

mano hacia el revólver, pero se detuvo quieto al ver que se trataba de Mary.

—Querido —dijo ella, sonriendo, y se echó en sus brazos y lo besó en la boca.

—Mary, no has debido venir.

—Entonces no te habrías enterado de lo que va a pasar.

—¿A qué te refieres?

—Mis artes de seducción obtuvieron un éxito completo. Max Wellman vino hace un rato a mi cuarto a pedirme que huya con él. Iremos a por su tesoro enterrado.

— ¿Un tesoro enterrado?

—Veinticinco mil dólares.

— ¿Y por qué enterró ese dinero?

—Tiene su lógica. Por si le cazaban alguna vez.

—Sí, parece sensato. ¿Para cuándo te citó?

—Para dentro de dos horas, y ya han pasado unos diez minutos. Tendrás que venir detrás de nosotros, Cliff.

—Sí, desde luego. Iré detrás de vosotros.

— ¿Qué hacemos con tu jefe?

—Sólo podemos hacer una cosa. Matarlo.

Mary se echó a reír.

—Déjame que lo haga yo.

— ¿Por qué?

—Porque me gustaría matar al *sheriff*. Me pone nerviosa su aire de suficiencia.

—No, cariño. Es cuenta mía. Yo también le tengo ganas. He tenido que soportarle durante muchos años y he ido apuntando en mi mente todas las faenas que me hizo. Ahora ha llegado la hora de que él y yo quedemos en paz.

La puerta se abrió de golpe y Harry Ford entró en el dormitorio.

Mary y Cliff continuaban abrazados y se quedaron quietos, tal fue la sorpresa.

—Aquí me tienes, Cliff —dijo el *sheriff*—. Anda, puedes sacar el revólver y matarme.

Cliff soltó a Mary y retrocedió dos pasos.

—Jefe, no comprendo… Ella entró aquí para…

—Para que le quitases una china de un ojo. ¿No es eso? No, Cliff, ya no hace falta que disimules. Lo he escuchado todo Ahora sé todo

lo que pasó hace quince años. Tú mataste a los dos vigilantes. Por eso viniste detrás de mí, porque estabas inquieto por lo que pudiese saber Max Wellman… Y ella, Mary, es tu chica, y los dos os organizasteis para arreglar este negocio a vuestra manera.

CAPÍTULO XIV

Cliff, lleno de rabia, fue a tirar del revólver, pero Harry desenfundó mucho antes.

—Quieto, Cliff. No quiero matarte.

—Oh, sí, claro. Usted quiere llevarme a Junior City para cubrirse de gloria.

—No, Cliff. Voy a pasar un mal rato durante el juicio.

— ¿Qué juicio?

—El tuyo, naturalmente.

—Está chiflado. No puede probar nada.

—Se van a probar muchas cosas durante ese juicio. Por ejemplo, los dos testigos que dijeron identificar a Max Wellman confesarán que fueron pagados por ti.

Cliff sintió que había puesto los pies sobre terreno pantanoso. Si, Harry Ford tenía razón. Los dos testigos que él había comprado se pasarían al bando del *sheriff* en cuanto éste les apretase las clavijas.

—Yo no tengo nada que ver en esto —dijo Mary.

—Eso va a depender de ti —repuso Harry.

—Yo era una niña cuando ocurrieron los hechos... Su ayudante me engañó, señor Ford.

— ¡Cállate, Mary! —gritó Cliff.

—Y un cuerno me voy a callar. Ya no te tengo miedo. Me has estado obligando a hacer lo que yo no quería.

Cliff hacia rechinar los dientes. Mary estaba mintiendo. Ella había colaborado con él entusiasmadamente. Es más, la mayor parte de las ideas las había tenido ella.

— ¿Qué dices, pequeña víbora? Tú has estado conmigo desde el principio.

—No lo crea señor Ford El me obligó Me amenazó con rajarme la cara y con otras cosas peores.

—Basta de discusiones. No soy yo quien debe decidir acerca de lo que se hará con vosotros. Mi obligación consiste en llevaros a Junior City. Guardad vuestros argumentos de defensa para entonces… Alarga las manos, Cliff. Voy a esposarle.

— ¿Esposarme? Oh, no, usted no hará eso conmigo. No esposó a Max Wellman. Y yo soy su ayudante.

—Ya has dejado de ser mi ayudante. Y en cuanto a Max Wellman, se ha demostrado que él no mató a los dos vigilantes. Tuve fe en que cumpliría su palabra de no huir. Pero contigo será distinto, Cliff. Me ibas a matar mientras dormía. Y ahora lo intentarías de cualquier otra forma. No, Cliff, no puedo confiar en ti. Eres un tipo peligroso. Lo has demostrado.

Cliff se acercó a Harry y alargó las manos. Pero no lo hizo para ser esposado. Pegó en el cuello de Mary con la diestra, arrojándola sobre Harry.

Luego escapó por la puerta mientras el *sheriff* y Mary caían al suelo.

Avanzó hacia la escalera con el revólver en la mano.

— ¡Alto, Cliff! —oyó a Wellman a sus espaldas.

Se revolvió haciendo fuego sobre Max. Este se dejó caer al suelo Hubiese podido matar a Cliff, pero lo quería atrapar vivo.

Cliff no se detuvo a conocer el efecto de sus balas, y siguió descendiendo la escalera, llegó hasta la puerta y la abrió de un tirón.

Salió de la casa y se dirigió hacia el establo, en busca de su caballo.

De pronto brilló un fogonazo enfrente y sintió que una aguja al rojo vivo le atravesaba el pecho.

Se desplomó en el suelo, y al levantar la cara vio al hombre que lo había baleado. Era Clay Forrest.

—Hola, Cáscara Amarga. Nadie se la juega a Clay Forrest, maldito… Y ahora van a saber todos quién soy yo…

Detrás de él avanzaron tres hombres.

Por la puerta de la posada aparecieron Harry Ford y Max Wellman. Tenían el revólver en la mano, pero también lo tenían Clay

Forrest y los hombres que lo acompañaban.

Hubo una fracción de segundo de indecisión y luego sobrevino el estruendo

Harry y Max saltaron, uno a la derecha, otro a la izquierda mientras ponían en marcha todas las balas que les fue posible Harry sintió que un plomo le abrasaba el brazo.

Luego todo terminó y se hizo un silencio.

Clay Forrest estaba boca arriba y su cara era un amasijo de sangre y de tejidos colgantes.

Los otros hombres también estaban muertos, incluido Cliff Powell.

Joan Nilghai salió de la posada.

— ¡Harry!

Corrió hacia el *sheriff*, se agachó sobre él y le cogió la cabeza. Harry abrió los ojos y sonrió débilmente.

—Sólo estoy herido, Joan.

* * *

Harry Ford tenía un brazo en cabestrillo. Bebía un whisky sentado a una mesa en la posada de El Escocés.

Al otro lado, ocupando también una silla, estaba Max Wellman.

—Mary ha confesado —dijo el *sheriff*.

—Lo celebro. ¿Qué le pasará a ella?

—Todo lo suyo no ha dejado de ser un intento por burlar la ley. Voy a ser benévolo con ella. Además, esa chica no está bien de la cabeza. Trataré de internarla en un sanatorio. Necesita el cuidado de los médicos y no una celda. Es todavía muy joven y estoy seguro de que podrá curarse.

—Opino lo mismo que tú. ¿Qué me dices de Joan y de ti?

Harry sonrió.

—Es curioso. Te estás interesando por todos, y no me has preguntado por tu suerte.

—Ya sé que tengo que pagar.

— ¿Y cuánto crees tú que debes pagar, Max?

—Me llevé cincuenta y cinco mil dólares.

—Que vas a devolver. Se celebrará un juicio y te impondrán una

condena.

—Estoy preparado para cumplirla.

—No, Max, no creo que la tengas que cumplir. Tendrán en cuenta la colaboración que has prestado. Quizá te supongan de seis meses a un año, pero será una condena suspensiva. Ya sabes lo que quiere decir.

—Que durante ese tiempo tendré que observar buena conducta, o de lo contrario me mandarán a la cárcel.

—Así es.

Max Wellman bebió un trago de whisky y miró los ojos de Harry.

—Sé que esta leve condena te la voy a deber a ti, Harry

—Tengo mi propia opinión con respecto a los delincuentes y a los delitos... Tú has pasado un infierno durante estos quince años. No dudo que habrás vivido ratos felices, pero incluso esa felicidad se habrá visto turbada por el recuerdo de lo que hiciste, por el temor a ser descubierto.

—Sí, Harry, es verdad. Durante estos quince años nunca gocé de una felicidad completa. Ya te hablé a ti y a Mary de las pesadillas, de mis sueños llenos de horror.

—Tuviste un castigo y sacaste las enseñanzas. ¿Por qué la ley iba a ser cruel con una persona que ya cumplió su condena?

—Todavía no me has contestado con respecto a Joan.

—Es ella quien no me ha contestado a mí.

— ¿No tienes bastante con la rapidez con que se acercó a ti cuando te creyó muerto? De todas formas, ahí tienes la oportunidad —señalaba la escalera por donde bajaba Joan Nilghai.

Harry acudió al lado de la hermosa rubia. Se miraron a los ojos y él preguntó:

— ¿Quieres ser mi mujer, Joan?

—Te quiero, Harry, y nunca dejaré de quererte.

Entonces los dos se besaron, y Max Wellman sonrió desde el fondo del salón.

* * *

Max Wellman estaba sentado en una mecedora, en el porche de su casa. Había llegado tres horas antes.

Su mujer, Mabel, salió al porche y le alargó un vaso con whisky.

—No sabes cuánto te eché de menos, Max.

Wellman atrajo a su mujer y la sentó en sus rodillas.

—Yo también te eché de menos a ti.

—Por fortuna, te salió bien el negocio.

Se refería a aquel negocio de reses que Max había tenido que solucionar para tener una coartada.

Besó a Mabel en los labios y luego dio un suspiro pensando que el negocio había resultado bien, aunque corrió un grave peligro porque había sido un negocio algo violento.

F I N

GANE 1.000.000 DE PESETAS

CUPON VALIDO SOLO PARA ESPAÑA

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE . . . .

APELLIDOS. . . . .

CALLE. . . . . .No . . . . .

POBLACION . . . .

PROVINCIA. . . . .

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA. . . . .

PLAZA O CALLE .No . . . . .

POBLACION . . . .

PROVINCIA. . . . .



• INSTRUCCIONES DEL CONCURSO EN EL INTERIOR.

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA
75 PTAS.
IMPRESO EN ESPAÑA

